

La Ilustración Artística

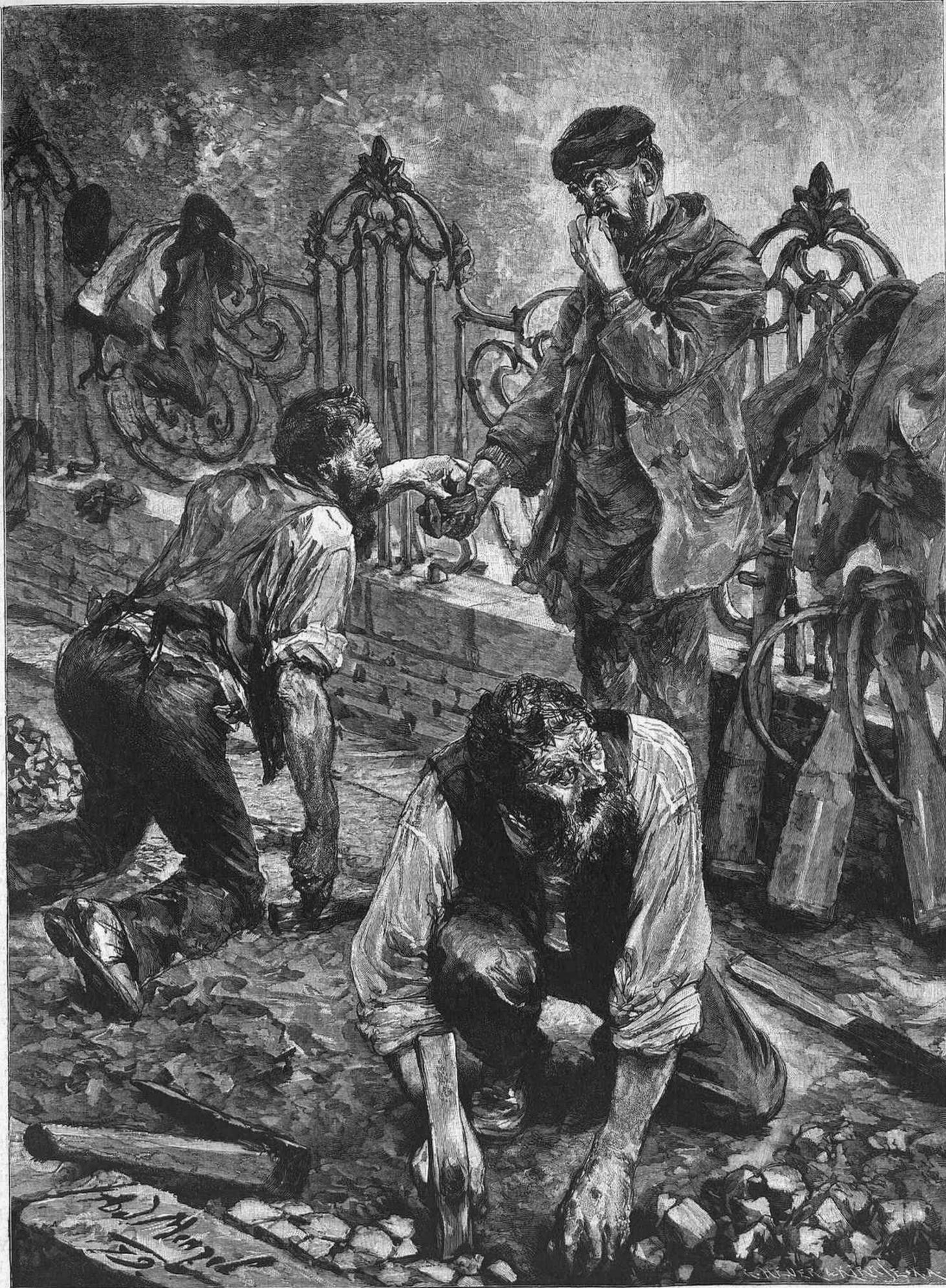


Artística

AÑO XII

BARCELONA 26 DE JUNIO DE 1893

NÚM. 600



UN MOMENTO DE DESCANSO, cuadro del renombrado artista Adolfo Menzel



Texto. - *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. - *Los vicios de Nicanor*, por A. Sánchez Pérez. - *Ornamentación*, por Eduardo de Palacio. - *Recuerdos del centenario rojo*, por Emilia Pardo Bazán. - *Monumento al Padre Las Casas*, por Luis Pardo. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Anie* (continuación). - **SECCIÓN CIENTÍFICA.** - *Los restos del conde de Barcelona Ramón Berenguer III el Grande.*

Grabados. - *Un momento de descanso*, cuadro de A. Menzel. *Monumento en honor al Padre Las Casas*, obra de A. Querol. - *Los restos de Ramón Berenguer III*, dos grabados. - *Vendedora de flores en Florencia*, cuadro de F. Andreotti. - *Dantón.* - *Mirabeau.* - *Guadet.* - *El Temple*, dos grabados. - *En la espesura del bosque*, cuadro de F. Andreotti. - M. F. Roybet, pintor francés. - *La catarata del Niágara*, tres grabados. - *Estudio*, cuadro de M. Felú D' Lemus.

CRÓNICA DE ARTE

Cuando esta *Crónica* vea la luz en las páginas de LA ILUSTRACIÓN, la Exposición del Círculo de Bellas Artes contará algunos días de clausura.

Triste en verdad ha sido también esta jornada para los artistas. De las *seiscientos treinta y seis* obras expuestas, fueron vendidas *doce*. Las entradas de pago han dado un promedio diario de setenta á noventa pesetas. Con una tarjeta entraba una familia entera, con niñas y ama de cría inclusive. Los jueves, días de concierto, la concurrencia era casi nula. Madrid tiene la cuarta parte de habitantes que París, y en París se han recaudado por entradas á la Exposición de las principales obras de Meissonier, cuando este pintor vivía y en los ocho días que estuvo abierta, doscientos mil y pico de francos, la cuarta parte son *cincuenta mil*, es decir, cuarenta y seis mil y pico de pesetas más que lo recaudado en treinta días por el Círculo de Bellas Artes.

¡Bonito negocio! ¡Negocio rodondo! Ante este resultado no se me ocurre más que hacerme la reflexión siguiente: O somos unos pobrecitos que no podemos distraer una peseta para darnos la satisfacción de espaciar el espíritu contemplando obras de arte, ó estamos en ilustración, en educación intelectual, á la altura de los *pieles rojas*.

No cabe venir con sofismas, asegurando que el marasmo que hoy lo invade todo en nuestra patria, marasmo que yo he reconocido y afirmado que existe, en estas mismas columnas, es el que dió tan tristes resultados para los artistas que exhibieron sus obras en esta Exposición y en la internacional de Bellas Artes. Que esa indiferencia existe, ¿quién lo dudará? pero que sea total, que alcance á todas las clases sociales, aun á aquellas que pretenden de cultas, de directoras del movimiento intelectual español, no puedo creerlo; sería tanto como creer verdad que África comienza en los Pirineos.

Yo creo que esta indiferencia es obra de la escasísima atención y del poco cuidado que los gobiernos han tenido y dedicaron á la enseñanza. En España el hombre de ciencia, como el político, como el literato, como el mismo artista, carecen de toda noción é idea de lo que es la belleza, de lo que el arte significa, del valor que, dentro de la constante evolución hacia el ideal de una perfección posible, tuvo, tiene y habrá de tener el arte. Todos los días hablo con gentes que por su significación en la política, en las ciencias, en todo orden en fin del saber debieron apreciar y sentir las manifestaciones artísticas, pero no es así; estoy esperando á que alguna de esas personas á quienes me refiero, no solamente sean capaces de dar su opinión con conocimiento de causa, sino que me digan que saben distinguir una acuarela de un óleo, para apuntar su nombre con piedra blanca.

He aquí la razón que yo creo encontrar, discurrendo acerca de esta indiferencia de que vengo hablando, para no admitir ninguna otra causa, como la eficiente en absoluto, de los fracasos de nuestras Exposiciones. Por eso he de alabar - alguna vez había de ser - el proyecto del Sr. Moret de incluir en el nuevo plan de enseñanza la de la Historia y Teoría del arte, aun cuando crea yo que dicha asignatura no puede enseñarse en la forma que pretende el ministro de Fomento, por razones que expondré en mejor ocasión.

Y dejando ahora lucubraciones, voy á hacer la reseña de esta Exposición del Círculo de Bellas Artes.

He hablado en otro artículo de los retratos de Sorolla. En efecto, de los tres retratos que expone el autor de *¡Otra Margarita!*, dos son obras maestras. *Isabelita y Thor* y *La nena* pueden adjetivarse de obras maestras. El primero representa á la hija del crí-

tico de arte Sr. Comas y Blanco, niña como de unos once años, de rubia cabellera, vestida de terciopelo negro con un gran cuello de encaje blanco y apoyada la mano derecha en la cabeza de un gigantesco perro danés. El fondo de este cuadro es de una sobriedad grande, y la tonalidad general hace recordar la del *Cómico* de Velázquez. *La nena* no es más que el busto de la hija del artista, niña de dos ó tres años, de pálida coloración, de ojos oscuros, de cabello corto, sedoso y ligeramente bronceado, tiene por fondo un almohadón color de oro viejo. Todo cuanto se diga en elogio de la verdad con que está pintado este retrato, de suyo difícilísimo por la imposibilidad de obligar al infantil modelo á que no se mueva, será justicia no más. La cabecita de la *nena* está dibujada, modelada y colorida de un modo maravilloso, y la ejecución es de una simplicidad desesperante. Sorolla, inconscientemente, predice con el retrato de su hija el *non plus ultra* de lo que ha de hacer. Yo que le he felicitado desde otro lugar, le renuevo desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el testimonio de mi admiración sincera.

El tercer retrato que Sorolla exhibe está hecho en condiciones pésimas. Muerto el eminente repúblico D. Cristino Martos, el pintor valenciano tuvo que hacer la efigie del orador demócrata representándole vivo. A pesar de esto, el parecido es indiscutible, y el color, aun cuando un tanto sucio, es castizo.

Sala exhibe también dos retratos: el de su pariente el pintor Plácido Francés, y el de D. José Echegaray. Como interpretado el carácter de la persona, el primero es superior al segundo; como alarde de color y de facilidad de ejecución, el segundo es superior al primero. Ambos son hermosísimos de paleta, pero el de Echegaray especialmente es de una tan buena casta y de tal finura, que dudo mucho de que Sala haya hecho nada más acertado.

En esta Exposición los retratos es el género pictórico que aporta obras de verdadero valor. A los retratos citados deben agregarse el del pintor Sensi, obra de D. Federico Madrazo; el del Dr. D. L. C. de Raimundo; el del maestro Bretón, pintado por Plá, y el de Mr. M., hecho al pastel por Mr. Mathias.

El insigne director de nuestro Museo nacional de pinturas, asistiendo á este certamen con el retrato de su colega el italiano Sensi, parece como que quiere indicar á los pintores jóvenes que se dedican á cultivar este género de pintura que las dos primeras condiciones esenciales para llegar á dominarlo son un dibujo correcto y un sentimiento de la fisonomía moral del retratado, tan grande como la fidelidad de la imagen externa. La cabeza de Sensi pintada por D. Federico Madrazo reúne esas dos cualidades en un grado eminente: en tan alto grado, que hace desaparecer la impresión cenicienta del color con que está colorido este retrato.

Más jugoso de color y fresco es el que Raimundo Madrazo expone. De gran parecido, tocado con una facilidad pasmosa, pese á los desdibujos que en él se advierten, este retrato indica claramente que es de la misma mano que la que pintó el celebradísimo de la que fué esposa del gran Fortuny.

Plá hizo un retrato serio y sobrio del autor de *Fray Garín*; y además de sobrio y serio, bueno de color y bien dispuesto. Mr. Mathias ha probado que con el pastel se puede obtener el mismo vigor de claroscuro y la misma jugosidad que con las pinturas al óleo, amén de que sabe dibujar.

Después de éstos, los demás retratos pintados exhibidos en la exposición del Círculo de Bellas Artes, si algunos muy discretos, no rebasan los límites de lo vulgar y corriente.

Rendez-vous es un cuadro de costumbres del siglo pasado, que, con la media figura titulada *Flor de estufa* y *Un resbalón*, *Estudio de naranjos*, *Camino de la sierra*, *Campesina asturiana*, *Campesino* y *Nueva modelo*, forma lo interesante de la pintura de género y costumbres. *Rendez-vous* y *Flor de estufa* son obras de Emilio Sala. El primero es una monería; el segundo, además de su delicada factura, de su finura y de ser un alarde de color, es un feliz hallazgo. Amalgamar la candidez de la jovencita con la picaresca coquetería de la mujer que sabe cuánto vale su belleza, esto es lo que logró Sala en su *Flor de estufa*.

Para provocar ensueños voluptuosos, ahí está aquella hermosa y arrogante valenciana que, como el cura, se incorpora para ir en socorro del monaguillo, el cual, censurario en mano, da un resbalón en las gradas del presbiterio de la iglesia, donde están adornando para la fiesta la imagen de la Virgen. *El resbalón* de Sorolla (!) es un cuadro picaresco, gracioso, que tiene trozos pintados como Sorolla sabe hacerlo. *Estudio de naranjos* es el otro cuadro del mismo artista, en el que la luz del sol de Valencia está briosamente interpretada. Este cuadro lo adquirió la reina regente.

Camino de la sierra es una tablita de Moreno Carbonero, luminosísima. *Campesina asturiana*, obra de Tomás García Sampedro, el discípulo predilecto del fallecido maestro Plasencia, recuerda la solidez y corrección de líneas de las estatuas clásicas, y es al mismo tiempo fidelísima interpretación del tipo asturiano. *Campesino* es un tipo, realmente típico, de Navarra, pintado por Bertodano, discípulo también de Plasencia. *Nueva modelo*, un cuadro de género, bien dispuesto, un tanto negro de color, pero muy agradable y entonado: su autor, Cecilio Plá, no tuvo necesidad, para buscar el asunto, de moverse de su *estudio*. El lugar de la escena es el taller del discípulo de Sala, y la *Nueva modelo* con su sombrerito de paja y mostrando la punta de sus pies pequeños y bien calzados, recostada en un diván, mientras el pintor sin soltar la paleta le propone el ajuste y las condiciones á que debe sujetarse para *posser*, es una *modelo nueva* efectivamente, aun cuando lleve ya trabajando hace algún tiempo.

Claro está que hay otros cuadros debidos á artistas cuya notoriedad es grande; pero sería pedirme un sacrificio superior á las fuerzas de mi voluntad mentarlos y verme obligado á decir lo que siento de aquellas obras. Para mí es indudable que las vacilaciones y las diferentes tendencias de las escuelas modernas han ocasionado honda perturbación en muchos de esos artistas, así como el amaneramiento ahogó la personalidad y la espontaneidad de otros. Paso, pues, de largo, por esta vez, por delante de esas firmas, y deteniéndome ante los paisajes y marinas que figuran en esta exposición, diré dos palabras de los lienzos del género que más dignos me parecen de ser apuntados.

Estudio del Pinar de Cercedilla es un paisaje de Beruete, sólidamente pintado y justo de color. De Casimiro Sainz hay varios paisajes y estudios, los cuales no hacen medrar una línea más la talla del infortunado paisajista santanderino; y aun alguno de esos estudios me parece que podría discutirse su paternidad; sin embargo, el mejor de los cuadros de Sainz es el que se titula *Río Manzanares*. Del sevillano Rodríguez figura un paisaje, cuya nota de color es muy fina. De Gartner hay un *Estudio*, perfectamente dibujado y con mucha luz, del río Tajo en Toledo; y de Martínez Abades una marina *Remolque*, cuyas aguas, aun cuando un poco «espesas», están sin embargo bien movidas.

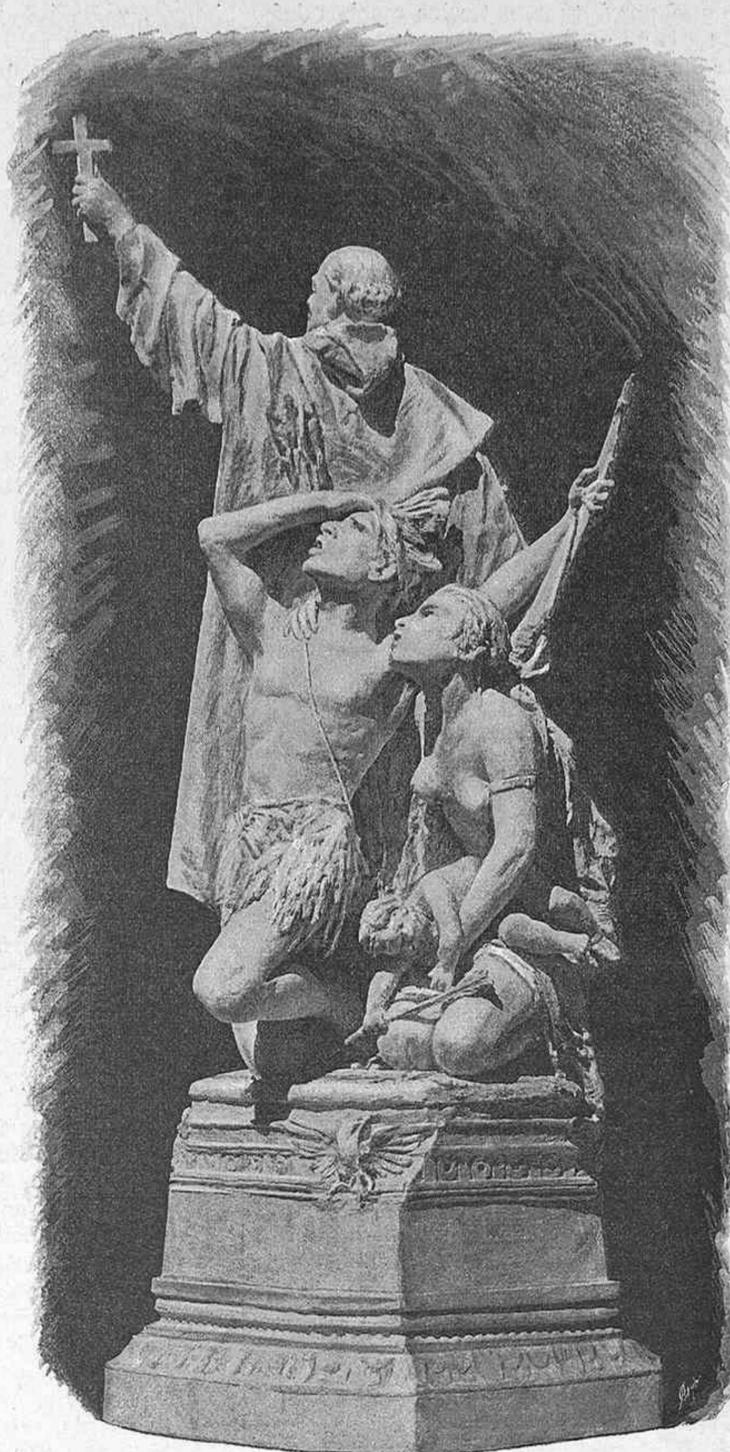
Antes de terminar este artículo quiero salvar un olvido involuntario. Benlliure (D. José) presenta, ó presentan por lo menos en su nombre, un cuadro de muy pequeñas dimensiones, pintado con la franqueza con que puede pintarse por un maestro un cuadro de gran tamaño, de color brillante y jugoso, que representa á unos soldados del siglo XVII y á unos mercaderes. Este cuadro tiene detalles primorosos, como por ejemplo el brocal de un pozo que se ve en primer término. Saint Aubin exhibe tres cuadros, también microscópicos, dos de ellos, *De visita* y *En un ventorro*, graciosos y picarescos. De Mérida (don Enrique, fallecido hace pocos meses) *La comunión de las monjas* y *Una maja*.

Réstame solamente decir algo de la sección de escultura. Entre los bustos retratos hay tres, uno de ellos notable, obra de Susillo; el retratado es D. Augusto Comas (padre). De Vancells hay también otro busto retrato, digno de especial mención por lo bien modelado; y de Galán otro, muy parecido.

Gandarias presenta varias estatuas, sobresaliendo la sedente del *P. Feijoo*. Alcoverro ha mandado varias estatuillas del género de los *bibelots*, modeladas y movidas con gracia. Amutio una cabeza en bajo relieve representando á Ofelia. Lo demás no descuello por ningún concepto.

El arquitecto Mérida llevó el proyecto de un *Monumento al pueblo de Madrid, verdadero héroe del Dos de Mayo*. De este modelo diré tan sólo que tiene una figura, por cierto lo principal, porque con ella representa al pueblo madrileño, que yo califico en otro lugar de hallazgo feliz; es un *chispero*, machete en mano, defendiéndose de dos águilas.

Y doy por terminada la revista de esta exposición, lamentando sinceramente la ausencia de toda originalidad, de entusiasmo, de respeto al arte, que se observa en estas exposiciones últimas aquí celebradas. He visto paisajes de pintores que yo diputé no hace muchos años como paisajistas que llegarían á suceder dignamente al maestro Hais, á Casimiro, á Fernández, que revelan cómo yo me equivoqué. El amaneramiento, la tranquilidad, el escaso ó ningún respeto que les merece la verdad: he aquí las actuales condiciones demostradas al presente por esos artistas á quienes en un principio creí tales. Y en el mismo caso se encuentran otros que no son paisajistas, que tienen medallas de oro y de plata por cuadros de todo género.



MONUMENTO QUE EN HONOR DEL PADRE LAS CASAS HA DE ERIGIRSE EN MÉXICO, obra de Agustín Querol, ejecutado por encargo del gobierno mexicano

Confieso que me equivoqué; pero lo grave es que á esos artistas ya no los salva nadie de su prematura decadencia.

Y conste que prometían como prometen los talentos con muestras de un valor innegable.

R. Balsa de la Vega

LOS VICIOS DE NICANOR

Preguntaba, no hace mucho tiempo, un ingenioso y agudísimo autor de epigramas: *¿Dónde entierran á los malos?* Movíale á dirigir esa pregunta, que no ha sido contestada todavía, la circunstancia de hallar en todos los epitafios grabados sobre lápidas mortuorias de un cementerio encomios de los finados. Este había sido funcionario inteligente y probo; aquél patriota consecuente y decidido; el de más allá, honrado y buen padre de familia; el de más acá, hijo cariñoso y amante; la de arriba, esposa fiel y virtuosísima; la de abajo, madre amorosa y sin igual..., y así sucesivamente. Tenía mucha razón el poeta satírico: debe de haber una necrópolis particular en la que duerman el sueño eterno los que fueron en vida malos ciudadanos, esposas desleales ó hijos desnaturalizados.

Verdad es — y esto casi era innecesario advertirlo — que por algo llamamos á la hora de la muerte la hora de las alabanzas; de las alabanzas ajenas, se entiende, porque la hora de las alabanzas propias llega mucho antes, aunque diga el vulgo que la alabanza propia envilece; pues también dice el vulgo aque-

Vivimos en un mundo tan miserable, que si uno no se alaba, no hay quien lo alabe.

Cada cual, según su discreción y á la medida de su entendimiento, busca la manera de alabarse, sin que las alabanzas parezcan alabanzas; pero son muy pocos los que logran engañar á sus oyentes. Hay, por ejemplo, quienes llaman *sus vicios* á lo que la generalidad de los hombres tienen por virtudes, y así suelen decir sin empacho: «Tengo el feo vicio de hablar siempre con ruda franqueza;» «Sé que pecho de desatento, pero á todo antepongo la verdad;» «Confieso á ustedes, con sinceridad, que soy tonto de capirote; pero las desgracias de mis enemigos más encarnizados me enternecen,» y frases por el estilo, en las cuales el interesado finge tenerse en concepto de rudo, de descortés ó de tonto, para decir que es franco, veraz ó compasivo; habla de sus defectos, rudeza, descortesía y tontuna, para que entiendan todos que tiene las virtudes de la franqueza, de la veracidad y de la filantropía.

Nicanor, muchacho muy dispuesto, y no peor ni mejor que cualquiera otro muchacho, no pertenecía al número de los que hablan de sus vicios para enumerar sus virtudes; pero tenía también un procedimiento, que podríamos denominar de eliminación, para hacer su propio elogio á todas horas. Se hablaba, por ejemplo, en presencia suya de un jugador, y si nadie hablaba del jugador, hacía él que la conversación fuese á parar á ese tema, y Nicanor defendía con vehemencia al aficionado á tirar de la oreja á Jorge. Con tal calor lo defendía y con tanto entusiasmo, que todos acabábamos por creerle abogado en causa propia; alguno de sus más íntimos le decía entonces dándole cariñosas palmaditas en el hombro: «Vamos, Nicanor, confiese usted que también es algo aficionado á verlas venir.»

«Eso sí que no, respondía invariablemente Nicanor, el cual esperaba esta carga y aun la preparaba si era preciso; eso sí que no; tengo mil defectos, un mi-

llar de defectos (no decía cuáles, por supuesto), pero ese no; en mi vida he jugado y aborrezco de corazón el tapete verde.» Y explicaba luego que si había tomado con calor la defensa de los jugadores, era porque gustaba de ser indulgente en la vida de otro, para que también hallara indulgencia la suya. Con tal respuesta y con semejante aclaración, quedaba sentado: primero, que Nicanor odiaba el juego; y en segundo lugar, que era indulgente con las imperfecciones de sus prójimos.

Pues se hablaba otro día de un avaro y se agotaba contra él todo el vocabulario de los denuestos; y Nicanor, como de costumbre, se convertía en paladín del acriminado.

«Vaya, decía uno á quien el calor de la disputa enardecía un poco, confiese usted que también tiene algo de avariento, y no seguiremos haciéndole cargos.»

«¡Oh!, eso sí que no, respondía (como siempre) Nicanor; soy hombre, tengo como todos mis defectos; más defectos que otros; acaso más que todos; pero bien sabe Dios y bien saben los que me conocen un poco, que no tengo ese de la avaricia. Muy al contrario, si de algo pecho es de ser manirroto y pródigo.» Y según su costumbre, agregaba que era de los que odian el pecado y compadecen al pecador; que era preciso perdonar para ser perdonado, como ya se indica sabiamente en la oración dominical, y otras cosas por el estilo.

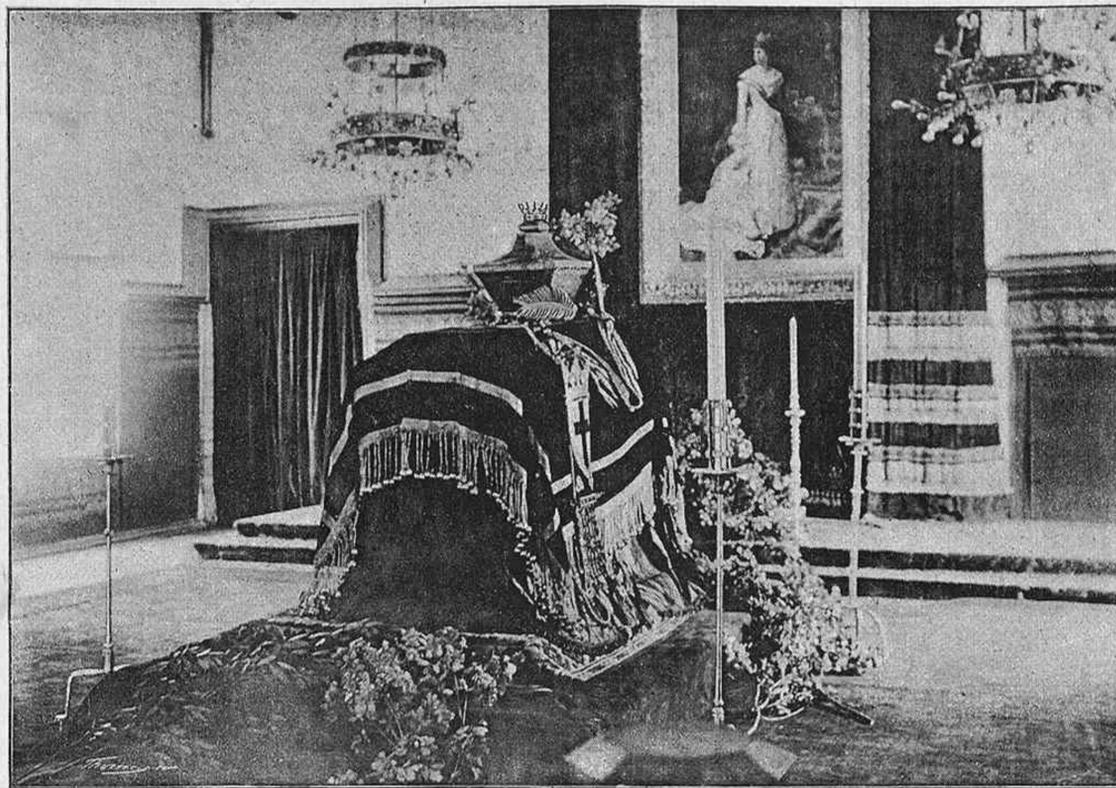
Y... «hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual.»

Nicanor afirmaba, si le suponían vengativo, que tenía todos los defectos del mundo, menos ese; porque precisamente nunca fué rencoroso, y no sólo perdonaba las ofensas, sino que hasta las olvidaba; lo cual, por cierto (decía él) le había perjudicado muchas veces; y cuando se le tildaba de soberbio, replicaba

sonriendo que, por fortuna, entre los muchos defectos que él tenía no estaba el de la soberbia, porque justamente era el más humilde de los hombres; y si alguno sospechaba que fuese perezoso, juraba él y perjura que entre sus infinitos vicios no podía con-

baratos, y se vió en la lista de platos de alguno de los citados establecimientos:

- «Golondrina embalsamada, con *champignons*.»
- «Salmi de golondrina soltera.»
- «Golondrina oriental al *Xerés*.»



LOS RESTOS DE RAMÓN BERENGUER III EL GRANDE EN LA CAPILLA ARDIENTE INSTALADA EN EL SALÓN DE CIENTO DE LAS CASAS CONSISTORIALES DE ESTA CIUDAD (de fotografía de los Sres. Pauli y Bartrina)

tarse el de la pereza, porque justamente á ser laborioso y activo no le ganaba nadie.

De este modo que, según queda dicho, era ni más ni menos un procedimiento de eliminación, venía á resultar que Nicanor carecía de defectos.

El, eso es otra cosa, confesaba humildemente que tenía muchos y que le pesaba el tenerlos; pero nunca supo nadie cuáles fueron; lo que sí se sabía es que poseía todas las virtudes.

Se sabía, vamos al decir, porque Nicanor lo decía, no por otra cosa.

Qué, ¿no conocen ustedes por ahí á muchos Nicanores?

A. SÁNCHEZ PÉREZ

ORNAMENTACIÓN

Lo habrán leído ustedes en los diarios noticieros. Se ha observado que este año no hay golondrinas ó que vienen retrasadas.

De esto deducen varios observadores que estamos amenazados de epidemia.

Otros, también observadores, opinan que esas avecillas misteriosas y errantes no vienen á Madrid por falta de ropa de invierno.

Esto lo aseguran ciertos golondrinos sorprendidos por el calor *in fraganti* ropa de abrigo.

Para las modistas y modistos de sombreros de señora, en París, no es un misterio la falta de las inocentes golondrinas.

Hasta hoy las habían respetado todos los pueblos. Las gentes de campo las miraban con cariño por la tradición y aun las ofrecían lugar seguro para que establecieran sus nidos.

Pero un modisto parisiense, un genio de sombreros para señora, pensó que sería adorno de suma novedad la golondrina y encargó á varios puntos que las cazaran.

Pocos días después llegaban á París remesas de las tiernas avecillas.

Las señoras aristocráticas, con esa delicadeza de sentimientos que enaltece á la mujer en casi todos los países, rechazaban los sombreros con golondrinas.

— ¡Es una infamia!, decían unas.

— No los usaremos, afirmaban otras.

Y los modistos se vieron obligados á regalar sombreros á varias señoritas modelos.

Modelos en el vestir, se entiende.

Y ni aun así lograron aceptación entre las señoras de veras.

Pero el destrozo se había consumado.

Centenares de avecillas habían sucumbido en la cacería.

El modisto inventor las ofreció á los *restaurants*

Por rara excepción pidió alguno de estos platos tal cual parroquiano, pero desistía de clavarle el diente al notar la dureza del pájaro.

— ¿Qué carne es esta?, preguntaba horrorizado.

Y el camarero, ya instruido en el asunto, respondía:

— Una carne deliciosa; como no están ustedes acostumbrados á comer bien, cuando se les da un plato delicado protestan. Lo mismo ocurrió días pasados con otro señor, también del abono, que se le dió cabeza de jabalí á la *Pompadour* y se empeñó en que era apócrifa.

— ¿Apócrifa?

— Sí, antigua, vamos.

— ¡Ya!

— Era el animal de la familia del amo, puede decirse, porque le había cazado el yerno.

el boulevard y en los teatros verdaderamente comprometidas.

Un transeunte ó un espectador, según viera en la calle ó en el teatro á cualquiera de las modelos, la apuntaba con el bastón y voceaba:

— ¡Pum!

— ¡Ay!, solía exclamar asustada la señorita-figurín.

Y el cazador improvisado añadía:

— ¡No es á usted, hija, es al pájaro!

— ¿Es de usted?, le preguntaba otro.

— ¡Adiós, golondrina!, le decía otro, de pasada.

La empresa era superior á las fuerzas de un modisto y hubo de desistir.

Las señoras amenazaron al inventor, así como á sus imitadores, con retirarles la protección que les dispensaban.

Y se salvaron las golondrinas, gracias á tan ilustres protectoras.

El modisto inventor protestó en secreto.

¡Haber invertido un capital en golondrinas y no poder aprovechar ni las plumas!

Entonces pensó en «otros pájaros.»

En los *titts*.

— Esos cuadrumanos, se dijo, usan rabo largo y son aprovechables.

Y el modisto inventó ese plumero en forma de interrogación, que habrán visto ustedes en los sombreros de las señoras.

Son rabos de *titi*, enroscados en parte.

Parecen ganchos para colgar á las que los llevan, vestidas y calzadas, en perchas ó roperos, conforme entran en casa.

La interrogación está muy bien aplicada en la mujer.

Se ve que el modisto es hombre de ingenio agudo.

En el sombrero de alguna muchacha casadera, en expectativa de colocación, significa:

— ¿Cuándo encontraré á *ese*?

Ese es un novio que vaya para marido.

En el sombrero de una buena moza:

— ¿Valgo ó no valgo?

En el de una jamona sin trichina:

— ¿No es verdad que todavía estoy de buen ver?

En el de una viuda que se propone reincidir:

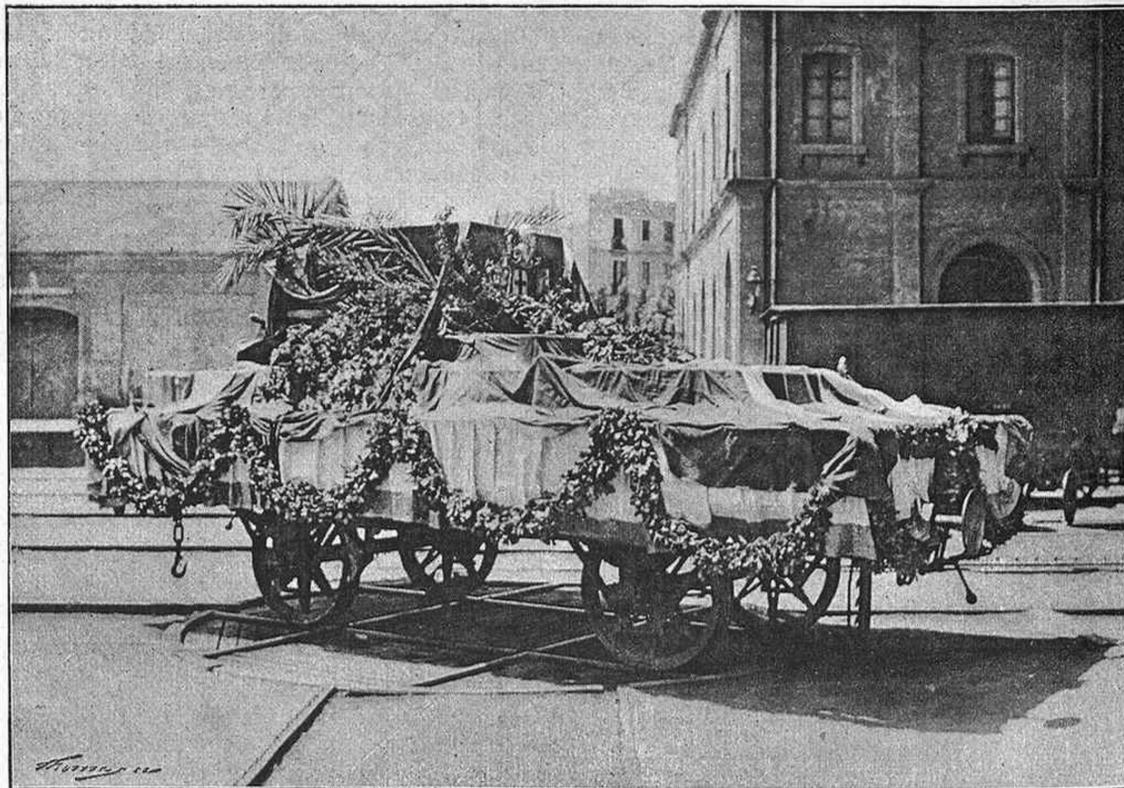
— ¿Quién quiere ser el *difunto segundo*, como dicen en los repartos de algunos dramas *caballero primero*, *caballero segundo*?

En el sombrero de alguna romántica, imitación de las de 1830 á 40:

— ¿Me amas ó me intoxicas á *migo* misma?

En el de la esposa de un diputado á máquina, recién salido ó recién sacado por primera vez, á fuerza de puños:

— ¿No conocen ustedes á mi esposo? ¿Ese que se sienta el tercero á la derecha y dice «sí» ó «no» con tanta elocuencia?



FURGÓN DESTINADO Á CONDUCIR Á RIPOLL LOS RESTOS DE RAMÓN BERENGUER EL GRANDE (de fotografía de los Sres. Pauli y Bartrina)

— ¿El yerno del jabalí había cazado al amo?

— No, señor; el yerno del amo había cazado al jabalí.

Las señoritas de muestra que usaron durante algunos días sombreros con golondrinas, se veían en

Bien mirado, la pluma corresponde á la forma de algunos sombreros.

Parecen hostiones de Málaga.

Decían y aún sostienen varios señores que la forma poética está llamada á desaparecer.



VENDEDORA DE FLORES EN FLORENCIA, cuadro de F. Andreotti

Esos sombreros y esas plumas contradicen tal opinión.

Con esos sombreros algunas jóvenes parecen pastorcitas de la Arcadia ó de la Alcarria.

Otras parecen pastores.

Esos plumeros de rabo de mico también recuerdan los tiempos primitivos.

La edad de oro.

Por cierto que la edad de oro debe ser la de los cincuenta años; puesto que los consortes regios cele-

bran á los cincuenta años de casados sus bodas de oro.

Ello es que con esos sombreros y esas plumas van diciendo las muchachas á los transeuntes:

- Adiós, Batilo.

- Piensa en mí, Filemón.

- Te adoro, ¡oh Teótimo!

- Cabe la fuente te espero, Caralampio: ven con el caramillo.

Las señoras mayores parecen con esos sombreros,

y esas plumas de garabato chinas de nacimiento ó por convicción.

Esas no son plumas, son espárragos cabizbajos.

¿Y las charreteras?

Viendo á ciertas señoras de suyo varoniles con esas hombreras, se siente cierto respeto y así como ganas de decirles:

- Adiós, veterano.

EDUARDO DE PALACIO

RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

LUIS XVII

II. — DE LA FUGA AL CAUTIVERIO

No entraré en detalles de la célebre huída á Varennes, sobrado conocida, mil veces narrada: en la comedia dramática de la frustrada evasión real, sólo



DANTÓN. De un dibujo de Santiago Luis David (1748-1825)

me interesa ahora — y es bastante — lo que se refiere al delfín.

Cuando, discutida la empresa, hecho el plan y llegado el momento de ponerlo por obra, hubo que despertar al delfín para disfrazarle de *Aglæ*, *niña menor de la baronesa de Korff*, la reina le dijo á fin de darle ánimos: «Levántate, que nos vamos á una plaza donde mandarás tu regimiento.» El niño adormilado sacudió instantáneamente el sueño y se echó de su camita. «¡Andando! ¡Vengan mis botas y mi sable!» Y cuando se hubo visto con el ropón y la cofia del femenino disfraz, dijo á su hermana Madama Royale: «Se me figura que vamos á representar alguna pieza.» Pero al subir al coche, como fuese preciso guardar el más absoluto silencio, y Madama Isabel sin querer pisase fuertemente al delfín, éste no dejó escapar ni leve quejido.

Sorprendidos y descubiertos en Varennes, obligados á volver hacia París sin dilación alguna los reales viajeros, el delfín con su disfraz mujeril y su divina belleza atraía las miradas, casi la indulgencia, de la hostil y frenética muchedumbre. «Carlos, le dijo por lo bajo su hermana, ya ves como no era cuestión de representar. — Hace tiempo que lo comprendí,» respondió al mismo diapasón la criatura.

Penoso é intolerable sobre toda ponderación fué el viaje de regreso, entre nubes de polvo, bajo un sol de fuego y escoltado el carruaje de camino de los reyes por una horda que engrosaba, como los ríos, recogiendo á su paso gente y más gente, el ejército informe de los aldeanos armados de hoces, garrotes y sables mohosos. El delfín se resintió: postróle una fiebre altísima; pero las súplicas de su madre no pudieron lograr que le concediesen algún descanso, y hubo que seguir, con el niño enfermo, en brazos de las damas que reprimían los sollozos. Al acercarse ya á París, los comisionados de la Asamblea Nacional se metieron en el coche regio, y hubo una persona más para tener en las rodillas al enfermito, ya repuesto casi. Era el diputado Barnave, que entró en la carroza adusto republicano y salió de ella monárquico, vencido, transformado por la desventura y la interesante dignidad de una mujer y la gracia dulcísima de un rapazuelo. Al ver humedecidos por el llanto los preciosos ojos donde sólo debí brillar el júbilo de la inocencia, Barnave sintió ablandarse sus entrañas; al sentir en sus rodillas el peso sagrado del cuerpo del niño, le amó lo bastante para ofrecerle la vida. ¡Tanta fuerza posee la infinita debilidad de la infancia!

La calentura del delfín provenía de las terribles impresiones de aquel viaje, que al pronto le había parecido una divertida comedia. En la aldea de Dor-

mans, donde la comitiva hizo noche, concilió el sueño Luis Carlos, pero fué para sufrir angustiosa pesadilla: vióse perdido, con su madre de la mano, en un bosque profundo y sombrío, donde los centenarios árboles, elevando al cielo sus copas, acrecentaban el horror con la densa obscuridad. De las tinieblas salía, aullando, una manada de lobos, famélicos, amarillentos, de ojos de brasa; y las hambrientas fieras, lanzándose sobre la madre y el hijo, se aprestaban á devorarles. ¡Dantesca visión, formada por el espanto en la tierna fantasía de un niño! Algo muy parecido refiere en la *Divina Comedia* Ugolino, al contar el sueño terrible que desgarró para el preso en la torre de Pisa el velo de lo futuro. ¡Quién pensaría que la pesadilla del delfín, con ser tan horrenda, se quedase atrás de lo que había de ser la realidad! Porque al delfín le devoraron en efecto los lobos del sombrío bosque, pero le devoraron solo, después de arrancarle del regazo materno.

El mismo sueño se repitió la primer noche que, de vuelta de Varennes, pasó la familia real en las Tullerías. Luis Carlos volvió á verse cercado de lobos y de carniceros tigres. Cuando lo refirió en alta voz, al

bien sabe el aire libre! ¡Qué lástima me dan los que están siempre encerrados!»

Su inteligencia se desarrollaba de un modo sorprendente, lo cual no nos extrañará si recordamos que, al hacerle la autopsia, los médicos habían de declarar no haber visto nunca, en niño de tal edad, cerebro tan pesado y grande. Su educación se completaba con lecciones bien graduadas y estudios serios, y su penetración extremada se revelaba en mil dichos, ya agudos, ya hondos. Habíanle dado, en premio á su aplicación, una armadura chiquita; y un día quiso armarse con ella de punta en blanco, para sorprender á su preceptor. «¿Qué nombre tomas, Carlos?» le preguntó su madre. «El del caballero Bayardo. — ¿Y por qué? — Porque quiero ser como él, sin miedo ni mancilla.» Su héroe favorito en la historia era Escipión. Le trajeron á enseñar su escudo, conservado en un museo, y volando el delfín fué á buscar su sablecito y lo frotó contra el escudo. «¿Qué es eso, monseñor?» preguntó el abate Barthelemy, portador de la antigualla. «Que froto mi sable contra el escudo de un grande hombre, para que se me pegue algo,» respondió el niño.

El aniversario del viaje á Varennes lo celebró el pueblo invadiendo las Tullerías y haciendo beber á la realeza, en pocas horas, un cáliz colmado de hieles de ultraje y humillación. Por vez primera fué colocado sobre los rubios cabellos del delfín el gorro frigio, que había de servirle en el Temple de corona de espinas. Las turbas desfilaron ante la mesa que, débil valla, protegía la vida de los niños, á quienes hasta sin querer pudo despachurrar aquel aluvión humano. Era el día en que, desde la terraza, el oficial de artillería que después fué Napoleón el Grande y que presenciaba las escandalosas escenas, montó en cólera y rugió: «¡Lástima no poder barrer esa canalla á cañonazos!» Temblorosa y transida de miedo la reina, acaba por guarecerse con el delfín en un escondrijo practicado en el hueco de la pared. El niño, comprendiendo la necesidad de callar, enmudece y retiene hasta el soplo de la respiración. Pasado el inminente peligro, los miembros de una diputación de la Asamblea Nacional se entretienen en hacer pre-



El célebre tribuno MIRABEAU

despertar, los allí presentes se miraron en silencio. No encontraban palabras para desmentir el ensueño, no ya profético, sino meramente simbólico del niño que, al mostrarle su madre á la guardia nacional como iba semi-sufocado de calor, exclamando: «Vean, señores, mi pobre hijo se ahoga,» había oído brotar de entre la muchedumbre esta feroz respuesta: «Aguarda, que ya os ahogaremos de otro modo.»

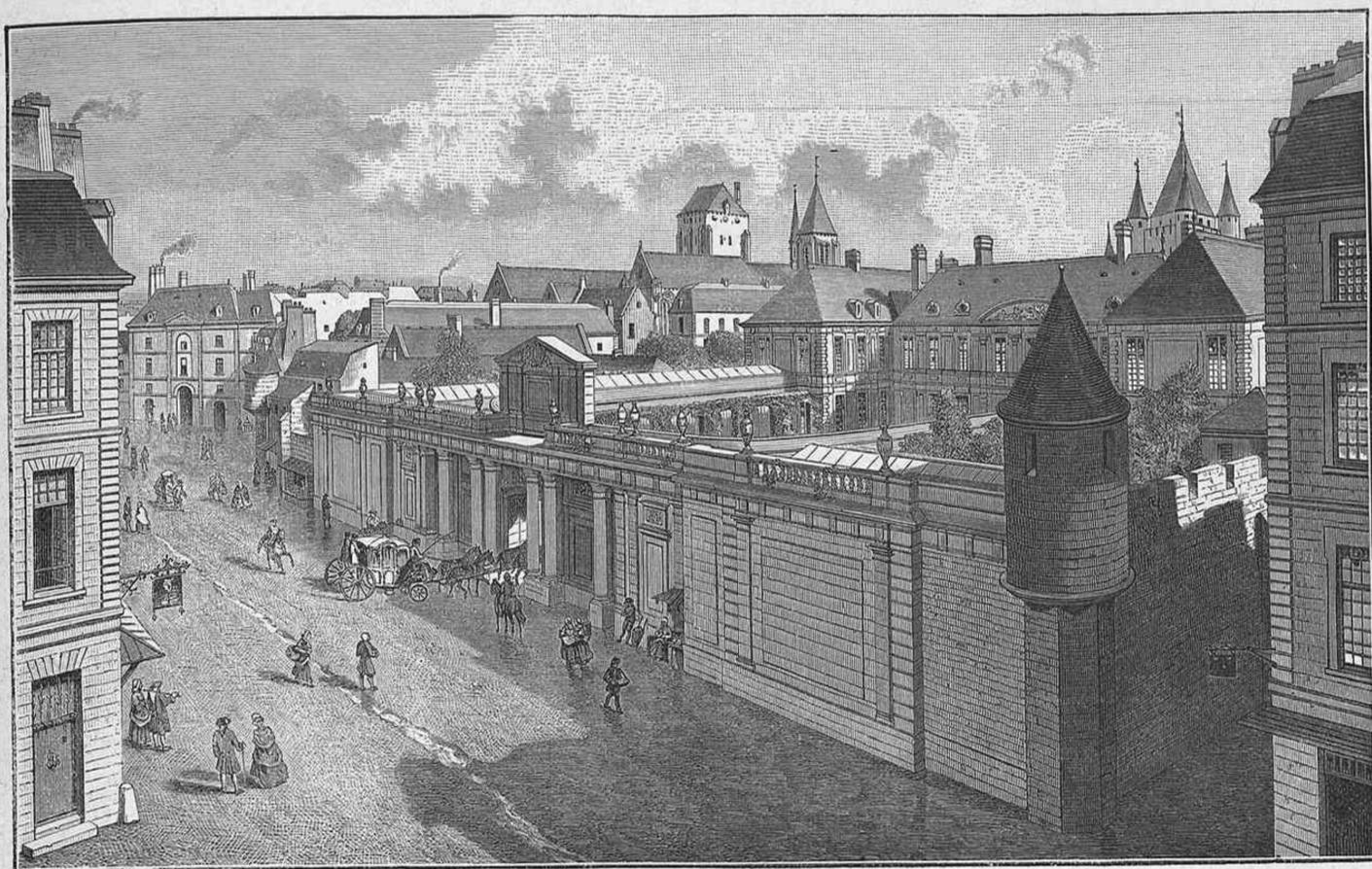
El año que sigue á la fuga de Varennes transcurre en engañosa quietud: diríase que dormita la Revolución, para despertarse más vigorosa y sañuda. Aunque vigilada de cerca en las Tullerías, goza relativa calma la familia real. Un hecho singular caracterizó aquel período de bonanza en que Robespierre, desalentado, pudo decir: «Amigos, todo se ha perdido.» Y fué que, dando vueltas á la manera de derrocar la monarquía, se pensó en que abdicase Luis XVI y recayese la corona en el delfín. Para sembrar en el pueblo la idea, gentes asalariadas gritaban en el malecón de las Tullerías al ver al delfín: «¡Viva nuestro reyecito!» Bien cara había de pagar el reyecito, cuando lo fué, la funesta herencia de la corona. Hoy, que sabemos lo que esperaba á Luis Carlos, no podemos menos de encontrar patética su exclamación cuando por primera vez, desde la vuelta de Varennes, se permitió bajar á su jardín: «Mamá, dijo, ¡qué



GUADET, uno de los jefes girondinos

guntas al delfín, asombrados de su comprensión clara y viva. Un diputado, á propósito de historia, interroga al príncipe sobre la jornada de Saint Barthelemy. «¿Por qué evocar tal recuerdo?» observa otro diputado más discreto y prudente: «Aquí no hay ningún Carlos IX. — Ni ninguna Catalina de Médicis,» replicó prontamente el delfín, entre los aplausos, las risas y los elogios de todos los diputados.

Desde aquellas horas de amargura, en la conciencia del niño, que alcanzaba ya la edad señalada por



El Temple en el último tercio del siglo XVIII. (Copia de un dibujo de F. Holfbauer.)

la Iglesia para el uso de la razón, se hizo luz: luz lívida como la del relámpago. Comprendió la lucha, y que no llevaban la mejor parte en ella los seres queridos. Sintió las angustias del naufrago, cuando sólo debiera sentir el descuido y la imprevisión del que todos protegen y aman. Percibió que tenía enemigos, y que, tan tierno, tan lindo, tan amable, *se le odiaba*. ¿Por qué? Eso sí que no lo comprendía... El caso es que se le odiaba. Un día dijo en voz baja al marqués de Villeneuve, enseñándole cierto juguete, una liebre que tocaba el tambor: «Esta liebre redobla por el rey: es una liebre realista; pero no lo diga usted a nadie, porque me la matarían!»

Sintiendo que cada vez se abría más aterrador el abismo, los reyes intentaron ganar a su causa a algunos de los hombres que mayor ascendientes ejercían en la opinión, y como antaño a Mirabeau, hicieron secretas proposiciones a Dantón y a Guadet. Guadet no se dejó ganar: lejos de eso, fué de los que más adelante votaron la muerte de Luis XVI. Sin embargo, su alma de bronce tuvo un instante de enternecimiento, uno solo; y éste lo causó la vista del delfín, profundamente dormido en su camita. María Antonieta alumbraba: Guadet contempló aquel sueño angelical, y una nube de tristeza y lástima veló su frente. «¡Qué tranquilo duerme!» murmuró el republicano. «¡Pobre niño!» suspiró la reina, y cambiaron una mirada. Guadet, conmovido, tomó la manita del delfín que colgaba fuera del embozo, y la besó con los mismos labios que habían de enviar a la guillotina al padre.

Atropellábanse los sucesos; no estaba ya en mano de los hombres contener la ola desencadenada. Acercábase el formidable día 10 de agosto de 1792, fecha roja si las hay. El 9, convencido de la inminencia de un ataque del pueblo, que pedía a voces el destronamiento a la Asamblea, el rey había preparado la defensa de las Tullerías; pero conociendo su acostumbrada humanidad, su repugnancia al derramamiento de sangre, era previsto que esta defensa sería fórmula vana y estéril. María Antonieta, sola y sin otro consejero que su energía, hubiese resistido mejor el embate. No le era lícito a la valerosa mujer más que presenciar y compartir el riesgo. Al despedirse del delfín, la noche del 9, no pudo reprimirse, y las lágrimas de la madre bañaron las frescas mejillas del niño. «Mamá, ¿por qué lloras hoy al darme las noches? Todo el mundo anda asustado... No me acuesto. — Acuéstate, hijo, yo estaré cerquita...» respondió la reina. ¡Sueño bien corto el de Luis Carlos! A media noche comenzaron a tocar al arma: el eco pavoroso del cañón, el redoble de los tambores y ese indefinible y trágico rumor oceánico que levanta la multitud inmensa en marcha contra algo ó contra alguien. A la primera é indecisa luz del amanecer, despiertan aprisa al delfín, y su madre le toma en brazos. «Mamá, ¿van a hacerle daño a papá? No puede ser: ¡si es tan bueno!» La reina lleva al delfín a la galería mayor

del castillo, en que unos doscientos ó trescientos hijosdalgo, resueltos a morir con sus reyes, se agrupan silenciosos. Al ver al niño, gritos de entusiasmo pueblan el aire: cien manos febriles se apoderan de Luis Carlos, y a guisa de viviente bandera lo alzan sobre las cabezas destinadas a rodar bien pronto de los hombros.

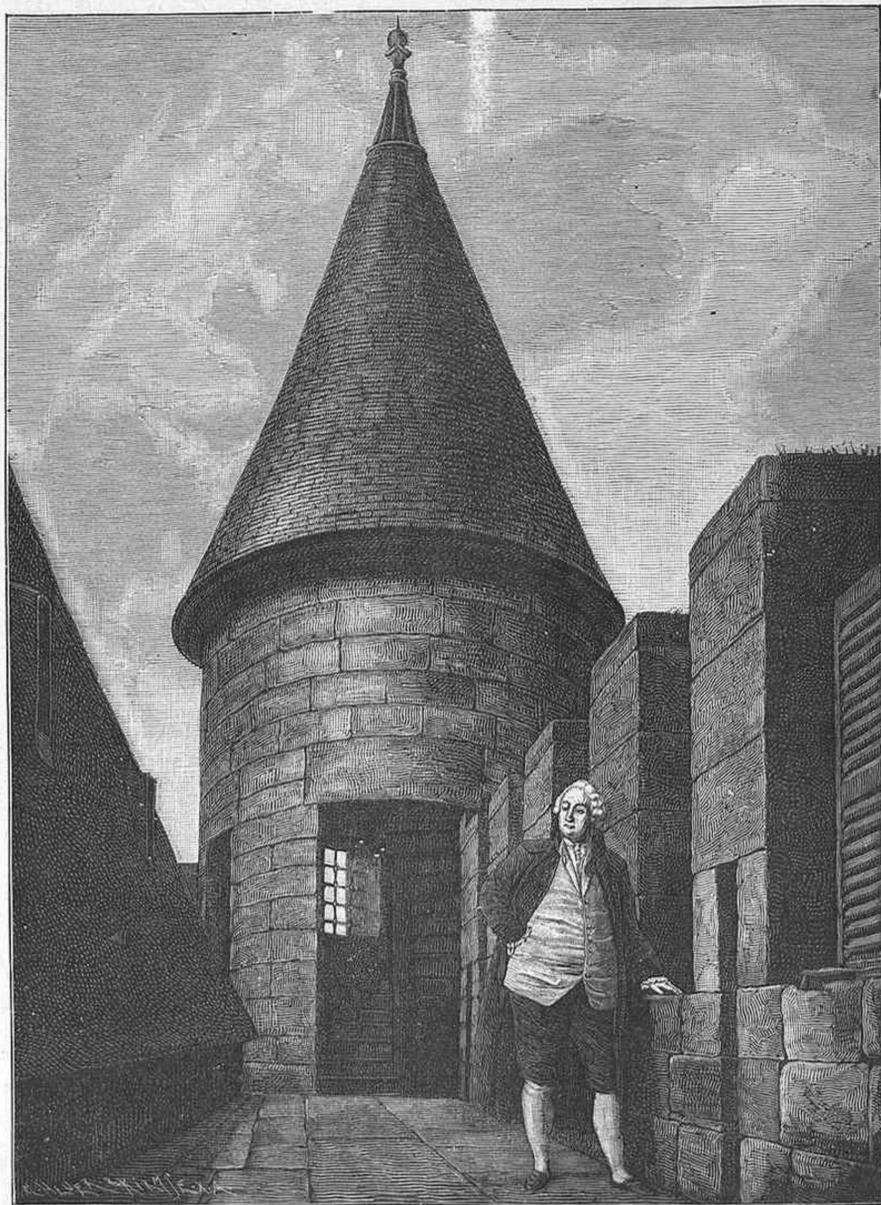
Viendo la imposibilidad de resistir al torrente, el rey se decide a buscar asilo en la Asamblea Nacional. Para atravesar el encrespado gentío y no ser despedazados, un granadero coge al delfín, lo levanta en vilo, y le pasa cual otro San Cristóbal. «No tengas miedo. — No, por mí no... contesta el delfín; por papá sí: que no le maten!» El granadero se adelanta, y entrando antes que nadie en la Asamblea, deja al niño sobre la mesa presidencial. Las lágrimas de la criatura enternecen por un instante a los espectadores de las tribunas, y merced a ese impulso compasivo se le permite a Luis Carlos refugiarse en el seno de su madre.

Con ella se agazapó (es la única palabra exacta, pues allí no se podía estar de pie) en aquella tribuna del *Logógrafo*, que fué como el balcón del Pretorio en la larguísima pasión de la familia real. Entre llanto y estremecimientos profundos, el niño oyó pedir la cabeza de su padre; oyó el decreto que privaba de toda autoridad a Luis XVI; y prestando mejor el oído, hasta pudo escuchar el nombre de Luis XVII, que por vez primera resonó en aquellas dolorosas horas... Los que, mal informados ó atrasados de noticias creían po-

sible aún sostener la monarquía como forma de gobierno, se agarraron a la candidatura del niño que, azorado como paloma entre las uñas del halcón, quebrantado además de sueño, calor y cansancio, se amodorraba ya sobre el hombro materno... En aquellos instantes en que se decidían los destinos de su raza y el suyo propio, la criatura tenía una preocupación viva y honda: saber qué habría sido de su perriño *Moufflet*, perdido y acaso despachurrado en el tumulto.

Tres días mortales permaneció la familia real, de día en la tribuna, de noche en unas angostas celdas del antiguo convento habilitado para las sesiones de la Asamblea. Carecían de ropa, y el delfín no hubiese podido mudarse a no ser por la generosidad de la embajadora de Inglaterra, la condesa de Gower Sutherland, que por tener un hijo de la misma edad que el delfín, pudo socorrerle. Mientras la Asamblea deliberaba, disponíase la prisión de la familia real y horrible sepulcro del delfín; el viejo torreón donde un tiempo moraron los caballeros de la Orden del Temple — otra gran tragedia de la historia. — El 13

de agosto, al anochecer, Luis XVI, su mujer, su hermana, sus hijos y servidumbre cruzaban los umbrales del Temple, iluminado por fuera con democráticas lamparillas, por dentro aristocráticamente con centenaes de bujías. El delfín, rendido, agotadas sus fuerzas, dormíase en las rodillas de su aya Madama de Tourzel, porque cama no la tenía aún. Fuera, la multitud ebria de vino y sangre bailaba la carmañola; dentro, los prisioneros se extendían en las duras camas, y cerrando los ojos, a oscuras, rezaban al Dios



LUIS XVI EN EL TEMPLE, dibujo de Carneray



EN LA ESPESURA DEL BOSQUE, CUADRO DE F. ANDREOTTI

vengador é irritado que visita la iniquidad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación.

EMILIA PARDO BAZÁN

(Continuará)

MONUMENTO AL PADRE LAS CASAS PROYECTO DE DON AGUSTÍN QUEROL

Se ha dicho, con razón mil veces comprobada en la historia, que el tiempo se venga de quien no cuenta con él, pues á través de los siglos todo se justifica, y aun de esas mismas justificaciones suelen surgir gigantescas personalidades cuyas virtudes habrían obscurecido la envidia ó desfigurado la animosidad personal y mezquina de los hombres. Y de esa afirmación viene á darnos gallarda muestra el movimiento de simpatía y admiración iniciado en todos los países hispano-americanos hacia la patria común y hacia sus hijos insignes que hace tantos siglos realizaron la empresa extraordinaria de conquistar para la vida del espíritu y de la civilización aquellos pueblos prehistóricos, sumidos hasta entonces en la más lamentable obscuridad. Venganza terrible que el tiempo realiza ahora contra los falsificadores de la historia.

Mientras en casi toda la América se levantan estatuas al insigne navegante genovés y á los hombres que después trataron de conservar sus conquistas por medio de la bondad y el amor, Méjico se prepara á erigir otro monumento al hombre acaso más eminente de la España maternalmente conquistadora: al nunca bien ponderado Fray Bartolomé de Las Casas, quien por sus virtudes supo merecer el honroso dictado de «Padre de los americanos.»

Y la realización de esta idea, apoyada con decidido empeño y ardoroso entusiasmo por el presidente de aquella República, general D. Porfirio Díaz, ha sido confiada á nuestro insigne escultor D. Agustín Querol, quien ya ha ejecutado y remitido los modelos de su grandioso proyecto.

Si entráramos en el terreno de las consideraciones relativas á la asociación de ideas podría decirse que el monumento en cuestión, destinado á honrar las virtudes de un hombre tan discutido en todos los tiempos como el Padre Las Casas, no podría tener intérprete más apropiado, enérgico y glorioso que el Sr. Querol, que desde los comienzos de su carrera ha sabido romper los convencionalismos del arte, como ahora rompe, para honra suya, el presidente Díaz los convencionalismos de la historia.

El Padre Las Casas, obispo de Chiapas, como dice elocuentemente en un notable artículo el general Riva Palacio, embajador de Méjico en España, «fué el representante de todos aquellos misioneros ó abogados que combatían incesantemente, reclamando libertad y buen trato para los indios; porque el obispo era el adversario más poderoso de los codiciosos encomenderos y de los malos gobernantes de Nueva España, que miraban como letra muerta las benéficas y repetidas disposiciones de los monarcas españoles en favor de los indios; y Las Casas, ni se limitaba á la denuncia del abuso, ni se contentaba con la estéril queja. Indicaba el remedio, anatematizaba la conversión violenta, reprobaba la conquista armada, y usando de sus facultades como obispo, prohibía á su clero que absolviesen en el tribunal de la penitencia á los que tuvieran indios esclavos; y seguro de la verdad y de la justicia de su doctrina, tan intransigente y severo se mostraba, que para él se convertía en enemigo cualquier gobernante que tuviese la menor debilidad ó condescendencia con los que infringían aquellas leyes.»

Tan exacto es este retrato, tan vivo su color y tan cierto y ajustado á la verdad psicológica del personaje, que hacemos nuestras esas palabras para explicar mejor la obra del Sr. Querol. Como se ve, Fray Bartolomé de Las Casas era lo que hemos dado en llamar un carácter, era una gran personalidad dentro del orden riguroso de las ideas elevadas, presentía la marcha de los Estados del porvenir, y de ese modo por intuición maravillosa resulta precursor de una escuela socialista tan honrosa para la humanidad como la que establece en primer término el derecho de gentes.

La gloriosa figura de este fraile extraordinario ha sido interpretada por el Sr. Querol dentro de la línea enérgica y movida tan peculiar á esa especie de neoclasicismo que constituye por sí la gran personalidad artística del escultor tortosino. Las Casas se levanta sobre un ancho pedestal adornado con las águilas mejicanas, en el centro de un basamento de amplísimas escalinatas; lleva la frente alta y la mano izquierda enhiesta empujando la cruz redentora, mientras con la derecha recoge sus hábitos hacia atrás para cubrir con ellos el cuerpo desnudo de una indígena que, abrazada á su indio y llevando en los brazos el hijo amado, se amparan todos de aquellas santas vestiduras. Tiene esta composición además un detalle filosófico: mientras los indios se acogen atemorizados, el niño juega con una flecha desprendida del carcaz de su padre, nota de carácter profético indicada con la encantadora sencillez de la inocencia.

El grupo está tan admirablemente sentido y comprendido, que por todos sus puntos de vista ofrece las arrogancias y gallardías del arte cuando se apodera de una idea grandiosa; y para que resulte perfecta la armonía entre el concepto psíquico y el desarrollo plástico de esa idea, parece que aquel campeón de la fe y la justicia defiende en tan crítico momento con su pecho y en nombre de la hidalguía castellana los fueros del débil contra el fuerte y con la cruz y en nombre del cielo los derechos del nuevo ciudadano.

El Sr. Querol, acostumbrado á triunfar en Europa, quiere y debe triunfar igualmente en América; el artista que vence siempre en los concursos, el que ha sabido conquistar con aplauso unánime medallas de oro en todos los certámenes internacionales verificados durante los últimos años en Munich, Berlín, París, Madrid y Barcelona, el que supo despertar en España el genio adormecido de Alonso Cano con su célebre escultura *La Tradición* y levantar del moribundo clasicismo rutinario desesperada protesta iniciando una verdadera revolución artística con su grandioso frontón de la Biblioteca y Museos nacionales de Madrid, se presenta ahora en esta nueva obra tan enérgico y arrogante que amenaza invadir el Nuevo Mundo con las hermosísimas producciones de su indisputable talento. Si no era bastante el monumento á Colón que ha de erigirse en Guatemala ó el de los bomberos de la Habana muertos gloriosamente en el cumplimiento de su deber, ha modelado el del Padre

Las Casas, que constituirá indudablemente una de las joyas más preciadas de la Nueva España. Méjico, honrando á tan ilustre sacerdote honra por ende á Querol, del mismo modo que Querol honra á España con su prodigiosa labor artística.

Cinco metros deberán tener las figuras de este grupo que será vaciado en bronce; obra colosal como iniciada por el presidente de la República mejicana, general Porfirio Díaz, único hombre que hasta la fecha ha sabido apartar á aquella floreciente nación de las luchas fratricidas para conducirla á la paz más duradera y provechosa, á esa paz benéfica y fecunda que hace pensar en los héroes é impulsa el desarrollo de las ideas saludables por medio de las manifestaciones artísticas. El general Díaz pensando de este modo resulta aún más grande que en el movimiento regenerador de Fuxtepec.

Pero alguien más merece igualmente nuestro aplauso: le merece y muy sincero el representante de aquel país en Madrid, general Riva Palacio, quien recibió el encargo de practicar aquella idea en nuestra patria, y su provechosa ingerencia en el asunto nos recuerda una frase del gran Rubens cuando era enviado especial de su país en Inglaterra. Pintaba el gran autor de *El descendimiento* en los momentos de ocio, cuando gestionaba cerca de aquel gobierno, y en uno de esos instantes un personaje llegó á visitarle quedándose sorprendido de la agilidad artística del enviado: «¡Hombre!, dijo, ¿conque es usted pintor á ratos? - No, señor, contestó el célebre flamenco, á ratos soy diplomático.» Si esta frase no envuelve mortificación alguna para un embajador tan hábil y distinguido como el señor Riva Palacio, téngase por aplicada, en el bien entendido que si no es un pintor como Rubens es tan artista como el primero en cuanto á la literatura y á otras artes se refiere.

Un enviado de semejante magnitud es capaz, no ya de establecer una corriente de simpatía entre los ingratos elementos del estado social, sino que también puede dejar unida para siempre la idea absoluta del arte entre dos naciones que piensan y sienten con la misma cabeza y el mismo corazón. Ejemplo elocuente de esta verdad es el monumento al Padre Las Casas cuyas líneas generales acabamos de diseñar.

LUIS PARDO

NUESTROS GRABADOS

M. Roybet, pintor francés premiado con la medalla de honor en el Salón de París de 1893.
- Dos cuadros tiene expuestos este artista en el actual Salón de los Campos Elíseos de París; uno de ellos, grandioso, colo-



M. F. ROYBET, pintor francés

premiado con la medalla de honor en el Salón de París de 1893

sal, se titula *Carlos el Temerario en Nesle*, y representa la manzana ordenada por el duque en la catedral de aquella villa, en donde se habían refugiado los habitantes huyendo de los borgoñeses; el otro, titulado *Galanteo*, ha sido unánimemente considerado como una joya, y de él nada decimos porque en breve podremos admirarlo nuestros lectores en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Desde el primer momento, la opinión pública designó como digno de la mayor recompensa al autor de esos lienzos, y el Jurado, en efecto, ha concedido la medalla de honor á M. Roybet, cuyo retrato publicamos en esta página.

Un momento de descanso, cuadro de Adolfo Menzel. - El cuadro que hoy reproducimos del gran pintor berlinés se aparta por completo del género á que preferentemente se ha dedicado el gran ilustrador de la historia de Federico el Grande, y constituye una nota de observación y de estudio que entra de lleno en la escuela del realismo y aun del impresionismo modernos. Pero ¡cuánta diferencia entre la obra de Menzel y las de aquellos que entienden que la impresión debe traducirse en manchas borrosas, en figuras desdibujadas; en una palabra, cuánta diferencia entre la naturalidad del cuadro que nos ocupa y esas exageraciones y extravagancias que algunos pretenden hacer pasar por última expresión del arte! Ninguna de las cualidades técnicas que toda obra de arte para ser realmente tal debe tener falta en la del ilustre pintor, que á pesar de sus setenta y ocho años siente y ejecuta como en sus mejores tiempos y es una de las personalidades más salientes del mundo artístico contemporáneo.

Vendedora de flores en Florencia. - En la espesura del bosque, cuadros de F. Andreotti. - De distinto género estos cuadros, ambos justifican la fama de que hace tiempo goza su autor en el mundo del arte. Así la figura de la hermosa florista de nuestros tiempos, como la enamorada pareja del pasado siglo, están dibujadas con tanta espontaneidad como corrección y llevan impreso el sello de vida que sólo el genio puede infundir en la producción artística; y tanto la cesta de flores de la una, como el bosque frondoso en el cual ha ido á refugiarse la otra buscando para sus amores asilo oculto á indiscretas miradas, están estudiados con cariño y ejecutados con mano maestra y revelan cuán familiar es al pintor el conocimiento de la naturaleza en sus diversas manifestaciones.

Estudio, cuadro de Manuel Felíu D' Lemus. - Varias veces nos hemos ocupado con verdadera complacencia de las obras de este joven y distinguido pintor, que ofrece la particularidad de que cada una de ellas significa un progreso y revela sus aptitudes para el cultivo del arte que con tanto entusiasmo emprendiera. Desde *El banco de la Parroquia*, que tanta admiración causó, cada nueva producción ha tenido el privilegio de llamar la atención de los inteligentes. Hoy, en los Salones de París, abiertos actualmente, figuran expuestas algunas obras de Felíu. Esta circunstancia demuestra la valía del artista, á quien felicitamos por sus progresos y aplaudimos por su indiscutible mérito.



Bellas Artes. - En la *Fine Art Society*, de Londres, ha expuesto el célebre caricaturista inglés Mr. Linley Sambourne 300 dibujos en su mayor parte originales de las caricaturas políticas publicadas en el *Punch* desde 1888.

- Se ha inaugurado en Berlín una Exposición de Bellas Artes, libre, organizada por numerosos artistas cuyos envíos han sido rechazados por el jurado de la gran Exposición berlinesa, la que pudiéramos llamar oficial: entre estas obras figuran la estatua ecuestre del emperador Guillermo destinada á la ciudad de Stuttgart, obra de Maximiliano Klein, que fué premiada en público certamen.

- El emperador de Austria, protector decidido de las bellas artes, ha adquirido en la última exposición celebrada en Viena once cuadros al óleo de Ameseder, Blas, Schhardt, Friedlander, Hampel, Hamza, Kaufmann, Kochanowski, Reichert, Russ y Zewy y una acuarela de Bernt.

Teatros. - En el teatro Real de la Opera, de Berlín, se ha cantado recientemente *Falstaff*, de Verdi, por la misma compañía que estrenó la ópera en la Scala de Milán, excepción hecha de Maurel, á quien substituyó nuestro compatriota el señor Blanchart, que fué muy aplaudido. La obra gustó, pero no produjo entusiasmo.

En el propio teatro se estrenará en octubre la ópera de Rubinstein *Nerón*.

París. - En el Odeón se ha celebrado el centenario de Corneille con una representación extraordinaria, cuyo programa se compuso de un acto del *Menteur*, la tragedia *Horacio* y un propósito en un acto y en verso de G. A. Guerin, titulado *La mort de Corneille*, cuadro de gran vigor dramático y muy bien escrito. De los últimos estrenos del teatro Libre, sólo obtuvo buen éxito una pieza en un acto de E. Bourgeois, *Marige d'argent*, comedia de costumbres rurales del género realista. En Folies Dramatiques se ha estrenado con buen éxito un mimo-drama en tres actos y un prólogo, de Blanchard de la Bretesche, titulado *Jean Mayeux*.

Londres. - En Covent Garden se han cantado: *Carmen*, *La hebrea*, *Los pescadores de perlas*, *Faust* y *La Favorita*, habiendo sido el mayor éxito en todas esas óperas para Mme. Calvé en el papel de Carmen. En el Albert Hall y en Saint James Hall han dado conciertos Adelina Patti y Sarasate respectivamente, habiendo logrado una y otra grandes ovaciones. En el Drury Lane actúa la notabilísima compañía de la Comedia Francesa, que ha puesto en escena *Les Plaideurs*, de Racine; *Le malade imaginaire*, de Moliere; *Un pere prodigue*, *Par le Glaive*, *Denise*, *Les effrontés*, *Le Filibustier*, *Gringoire*, *Le genre de M. Poirier* y *Les precieuses ridicules*. En el Lyric sigue cosechando entusiastas aplausos la eminente Duse que, entre otras obras, ha representado *La casa de muñecas*, de Ibsen.

Barcelona. - En Novedades se ha estrenado con gran éxito el drama en tres actos de D. José Echegaray *El poder de la impotencia*: el ilustre dramaturgo asistió á él, así como á las representaciones extraordinarias de su precioso drama *Mariana*, habiéndole tributado el público entusiastas ovaciones. En el Lírico se ha verificado el beneficio del notable primer actor señor Ruiz de Arana, que tantas y tan justas simpatías se ha conquistado en Barcelona: la función fué una serie de éxitos tan grandes como merecidos.

Necrología. - Han fallecido recientemente: Carlos José de Hefele, obispo de Rottemburgo (Wurtemberg) y antes profesor de la facultad de Teología católica de Tubingen, ilustre historiador eclesiástico.

Juan Pedro Holst, célebre poeta y novelista dinamarqués.

Otón Kauffman, notable pintor berlinés, retratista, de historia y de género.

Julio Scholtz, famoso pintor de historia, profesor de la Academia de Bellas Artes de Dresde, autor de cuadros de gran valía, entre ellos del ciclo de pinturas murales que representan episodios de la vida del duque Alberto, existente en el palacio Alberto, de Meissen.

Carlos Semper, profesor de Zoología y de Anatomía comparada de la Universidad de Wurzburg y director del Instituto Zoológico-Zootómico, ilustre sabio y viajero, autor de muchas é importantes obras de Zoología.

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

A N I E

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Solamente en algunas que otras palabras se lamentaba la madre de Sixto de lo triste de aquel su nuevo género de vida, apartada de su hermana, lejos de su país, viviendo en una casa aislada donde tendría por únicas distracciones el espectáculo de los trenes al pasar el puente y la vista de las lanchas del río que, ora subían, ora bajaban, siguiendo el movimiento de las mareas; pero todo esto era un sacrificio que ella hacía á su amor sin lamentarlo.

En la carta siguiente ya aparecían las quejas más determinadas: ¿quién le habría dicho que se vería obligada á ocultarse en un arrabal de aquella gran población, con nombre supuesto, y que la recompensa de su ternura y de su confianza



¡Querida hija mía! ¡Anie de mi alma! ¡Adorada niña!

sería aquella existencia miserable de joven deshonrada? ¿Con aceptarla solamente no estaba dando la mayor prueba de amor que podía darse? ¿Obtendría alguna vez justo pago á aquel sacrificio? Lo único que al presente deseaba era que sus sacrificios sirviesen por lo menos para calmar la manía celosa con que le daba tormento.

Las cartas siguientes se referían también á este tema de los celos, pero de una manera vaga y que nada nuevo decía: Gastón estaba celoso de Arturo Burn, aquel inglés joven que había habitado en la hostería de las hermanas Dufourcq, y Leontine se obstinaba en desvanecer aquellos celos. Ella había visto siempre en Arturo Burn un huésped como todos los demás; si algún sentimiento le había inspirado era lástima. ¿Cómo no había de compadecerse de un pobre muchacho condenado á muerte y que pasaba días enteros aniquilado por sus dolores? Además, ¿cómo ninguna mujer podía sentir amor hacia un enfermo que tenía su cuerpo convertido en un estuche de farmacia? ¿Podía admitirse, razonablemente, que Leontine fuese tan ciega ó tan loca que prefiriese á un hombre joven, sano, vigoroso, dotado de todas las buenas cualidades que hacían irresistible á Gastón, un pobre inválido, fastidioso, siempre cubierto de unturas y emplastos, que olía á enfermedad y á quien las criadas de la hostería, hasta las más serviciales y dispuestas, se resistían á cuidar? Arturo había salido de Peyrehorade al mismo tiempo que Leontine se instalaba en Burdeos, esto era verdad; pero ¿qué importaba? En el caso de que en efecto existiese entre ellos complicidad, ¿no le habría sido fácil á Leontine persuadir á Arturo á que se condujera de modo que no despertara sospechas? ¿Se comprendía, cuando era mayor su interés, tanto por ella como por su hijo, en no provocar esas sospechas, que cometiese Leontine una imprudencia tan estúpida como torpe?

Seguían á estas otras doce cartas escritas en el mismo tono; su lectura demostraba que en el transcurso de muchas semanas Leontine solamente había escrito á Gastón para defenderse, y que á pesar de todo el enojo de éste, no cedía á los razonamientos de la joven. Cuando Leontine no abogaba en defensa de su fidelidad, engolfábase en protestas de ternura, en las cuales se adivinaba que había tomado por modelo *Manon Lescaut*, si bien Leontine, como muchacha poco ilustrada, copiaba servilmente á este modelo: «Te juro, querido Gastón, que eres el ídolo de mi alma y que nadie hay en el mundo sino tú á quien yo pueda amar de la manera que te amo. Te adoro: parte de ese principio, amado mío, y no pienses en ninguna otra cosa.» Gastón, muy aficionado á la caza, pero muy poco

á la lectura, sobre todo á la lectura de novelas, había podido tomar todo aquello como original y hasta inédito y contentarse. Tal cual era, nada tenía de inverosímil que Leontine le adorase con toda su alma.

Pero con lo que no podía contentarse seguramente era con las explicaciones relativas á Arturo Burn; la carta que seguía á las ya mencionadas lo demostraba por su papel tan gastado en los dobleces que había sido necesario sujetarlos con tiras de los pliegos de sellos de correos; ¡cuántas veces habría sido leído y releído, estudiado y analizado, desdoblado y vuelto á doblar para encontrarse en aquel estado!

«¿Te parece, ídolo de mi corazón, que si tuviese yo algo que reprocharme te habría confesado nunca que había encontrado á Arturo? ¿Te parece acaso que si hubiese yo querido negar ese encuentro no habría podido hacerlo de manera que quedases convencido de que nada de eso había pasado? No ofrecía esto ninguna dificultad. ¿Quién me había visto? Un hombre en quien no podías tener completa confianza. Podría yo haber negado su testimonio; haberte dicho que no salí de casa aquel día. Y tengo el orgullo de creer que entre el dicho suyo y el mío no hubieras vacilado. Pero eso hubiera sido un engaño, una bajeza, una cosa indigna de mí, indigna de mi amor; habría sido sospechar de ti, cosa que nunca he hecho, cosa que jamás haré, porque no quiero rebajarme á mí misma á tus ojos, ni puedo rebajarte á ti en mi corazón.

»Por eso cuando con el rostro turbado, sombríos los ojos, temblorosa la voz de angustia ó de cólera — me parece que de las dos cosas — me preguntaste: ¿has visto al Sr. Burn?, te respondí: lo he visto; y te expliqué cómo había ocurrido aquel encuentro que se debió á la casualidad únicamente.

»Y no obstante, á pesar de mis explicaciones tan leales como claras, comprendo muy bien que al separarnos ibas enojado conmigo, y lo que es más triste todavía, inquieto y desgraciado. No quiero que esto suceda, amado de mi alma; no quiero que dudes de mí, de mí que te adoro; no quiero que los celos te atormenten; harto has de sufrir ya sólo con nuestra separación. Por eso, después de la horrible noche que acabo de pasar desesperándome y llorando por haberte causado un disgusto, he querido que mi primer pensamiento, al levantarme esta mañana, sea para tranquilizarte repitiéndote lo que ya te he dicho; me parece que cuando veas en orden lo que pienso decirte en esta carta, si es que consigo ordenar mis ideas, reconocerás que en este deplorable encuentro nada hay que pueda disgustarte.

»Como ya te he dicho, yo había salido para dar una vueltecilla por el muelle. En esto hice mal, lo confieso; debí permanecer en casa. Pero ¿qué quieres? Tener por única distracción la de mirar cómo pasan los trenes ó las barcas llega á ser fastidioso, y tener por único ejercicio el de dar vueltas en un jardín del tamaño de una servilleta acaba por marear. En fin, que yo había salido, y maquinalmente, sin saber lo que hacía, sin darme cuenta de la distancia había llegado al extremo del puente, donde me detuve contemplando el movimiento de los buques anclados en la ría, á los cuales la marea alta imprimía movimiento alrededor de las anclas; de pronto noté que alguien se había detenido detrás de mí, á muy poca distancia, y que me miraba fijamente. Ya comprendes lo que esto me asustaría. Entonces, sin volver siquiera la vista, procuré seguir mi camino; pero una mano me cogió dulcemente por el brazo y al mismo tiempo oí la voz de un hombre que con acento inglés me decía: «¿Le doy á usted miedo, señorita?» Era Arturo. Dime tú si á pesar de mis deseos de huir de él podía entonces hacerlo. Me dijo que venía de Arcachón, donde ha permanecido desde que salió de Peyrehorade, y que regresaba á la estación de la Bastida para tomar el tren de París. Por mi parte no le dije ni una palabra, pensando que Arturo se despediría dejándome sola. Pues nada de eso; como había llegado con anticipación, calculó, sin duda, que el charlar un rato conmigo era un modo, como cualquiera otro, de hacer tiempo.

»En este momento, sin duda, pasó por allí la persona que te ha dicho que me vió con Arturo; no pudo ser sino en este momento, porque no estuvimos hablando más que unos ocho ó diez minutos. Te confieso que en aquellos instantes no tenía yo conciencia del tiempo, porque estaba angustiada. Cuando Arturo manifestó la sorpresa que le causaba encontrarme en Burdeos, siendo así que me creía en la Champagna, no supe qué responderle, así como tampoco sabía qué decirle cuando me miraba fijamente; porque bien comprendía yo que mi estado era ya muy visible, como lo eran también mi confusión y mi vergüenza. Aquellos momentos de conversación que se consideran como un crimen cometido por mí fueron, sin embargo, muy horribles. Por último, Arturo se alejó de mí mirándome con aire de lástima, que no era ciertamente para darme valor, y yo regresé á casa reprochándome duramente por aquella malhadada salida, aunque sin prever todas sus consecuencias.

»He ahí la verdad, ídolo de mi corazón, toda la verdad, tal cual te la he dicho ya francamente, tal cual te la repito para tranquilizarte, para devolverte la calma y sobre todo para impedirme que dudes de mí. Pregunta á tu conciencia misma, amor mío, y estoy segura de que su voz te responderá que no tienes derecho á desconfiar de tu Leontine. Escúchala, escucha también á tu razón, la cual te dirá que sería yo la más estúpida ó la más loca de las mujeres si te engañase. ¿Me tienes por estúpida? ¿Crees que estoy loca? Loca de amor sí lo soy; loca de amor por ti lo he sido desde la primera vez que te vi y lo seré hasta la hora de mi muerte. Porque tuve la debilidad de escucharte, porque accedí á tus ruegos, porque no pude resistir á la hermosura de tus ojos, al fuego de tu pasión, á tu elegancia, á tu nobleza, á todo eso que te presta tantos encantos y tal prestigio, ¿puedes creer que me habría yo entregado de la misma manera á cualquier otro? ¡Oh! No; en el mundo no hay para mí más que un solo Gastón, y éste no puede achacarme como delito que yo no haya sabido resistirle.

»Pensar que Arturo Burn pueda ser á mis ojos algo más que un hombre del

todo indiferente, es crearme capaz de la más ruin y la más cobarde de las felonías. Pues qué, ¿si yo hubiese querido á ese pobre muchacho, y hasta si únicamente él me hubiese querido, hubiese tenido ojos para ti?, ¿habría yo consentido en escucharte?, ¿me hubiera entregado á ti como lo he hecho? Arturo es huérfano, es rico, no depende de nadie; ni de su familia, ni de la sociedad, ni de nada; amada yo por él, fácil me habría sido, estando como está efectivamente enfermo y necesitando cuidados..., hablo, por supuesto, del caso de que él estuviese enamorado de mí.

»¿Tienes un solo indicio, una prueba cualquiera, sea la que fuere, para sospechar que alguna vez haya hecho yo estos cálculos? Te lo pregunto, y para que me respondas apelo á tus recuerdos.

»Cuando tú y yo nos conocimos, ¿viste en mí el aspecto de una muchacha subyugada por algún sentimiento tierno, por algún amor, por un compromiso ó, en fin, por proyectos cualesquiera? ¿He opuesto nunca la menor resistencia á lo que has querido de mí? ¿No he sido entre tus manos tan flexible, tan dócil á todos tus deseos como podía serlo una joven completamente libre de toda dependencia.

»No digo esto por haberme entregado á ti por completo, porque al hacerlo de este modo obedecí á mi amor tanto como al tuyo; me refero á todo lo demás, á lo sucedido después del momento en que fuí completamente tuya.

»Cuando quisiste que ocultase yo mi estado interesante, ¿opuse alguna resistencia? Y sin embargo, me parece que yo tenía derecho á levantar la voz y á decirte que siendo yo una muchacha honrada tenías con respecto á mí contraídas obligaciones de hombre honrado. ¿He hecho esto? No. Me dijiste que era necesario contemporalizar con tu padre y con las leyes de la sociedad á que perteneces; que era conveniente esperar, sin apresurarse y sin violencias que todo lo empeorarían; y sin resistencia, aunque no sin dolor, sin avergonzarme, sin mostrar disgusto, he aceptado lo que proponías.

»Has creído que me convenía separarme de mi hermana y abandonar mi casa para venir á ocultarme en este sitio; te he obedecido sin hacerte observación alguna, aunque desde un principio vi con claridad el género de existencia que me imponías: lejos de ti, de quien estoy separada; lejos de los míos, á quienes no veo nunca; presa, abandonada, sola con mis pensamientos que, como yo me figuraba, no pueden ser alegres.

»¿Habría yo aceptado todo esto si ese Sr. Burn no fuese para mí del todo indiferente?

»No he visto nunca sino á ti, solamente he pensado en cuál sería la mayor prueba de amor que pudiera yo darte.

»Para decírtelo todo, para ser completamente franca y leal, agregaré que también he pensado en nuestro hijo y en que tú le pagarías á él lo que por ti hago.

»Nada puede serme tan doloroso como la creencia de que dudas de mí, de que me juzgas desleal y culpable, y es necesario que yo te ame como te amo, que sea tu esclava, una propiedad tuya, para que lo sufra sin revelarme; pero, al fin y al cabo, por muy doloroso que esto sea, cuando me ofendes con tus sospechas no pierdo mi valor, porque sé perfectamente que he de conseguir que varíen tus sentimientos, como sé que lo único malo que hay en ti es tu carácter inquieto y celoso. Eres así, y contra eso no puedo nada; tu espíritu siempre suspicaz te arrebató, y entonces nada puede detenerte, ni la razón, ni la verosimilitud, ni la justicia, hasta que la voz de tu corazón habla para demostrarte el error en que has incurrido.

»Pero si, ahora que te conozco bien, puedo dispensarte esas dudas, no quiero que ellas rocen siquiera la frente de nuestro hijo; no quiero que le contemples con ese aire anhelante y sombrío con que miras á su madre mientras imaginas las cosas más insensatas y más absurdas; por mi hijo no vacilaría yo en sacrificarlo todo y á todo estoy dispuesta; por mi hijo tendrás en mí la mujer más tierna, más humilde, más adicta y más fiel mientras me dure la existencia.

»Entre él y tú no cabe que existan dudas de ningún género; sólo te corresponde decir: soy su padre, le debo la ternura, los cuidados y el amor paternales.

»Por nuestro hijo es por quien te escribo esta carta interminable, no por mí, que á pesar de todo, no creo necesario defender mi causa; causa tan buena que en este mismo momento — estoy completamente segura — sólo piensas en hacerme olvidar el disgusto que me has causado. Puedes estar tranquilo, no ha de ser difícil conseguir esto; te bastaría venir á verme para encontrarme la misma que he sido y seré siempre.

»Tu enamorada

»LEONTINE.»

Barincq había leído las cartas precedentes con toda la rapidez que permitía su letra no muy clara; de esta última, por el contrario, pesó á conciencia cada frase, cada palabra, y cuando llegó al final volvió á comenzarla de nuevo.

Pero por muy atentamente que la leyó no pudo encontrar en ella nada que ya no conociese, sino indicaciones acerca del carácter y la naturaleza de Leontine; indicaciones que, á la verdad, justificaban cualquier sospecha.

A pesar de sus protestas de amor y de sus juramentos, aparecía muy claro que aquella coquetilla de pueblo había procedido con Arturo Burn y con Gastón de tal manera que á los dos les contentase, escribiendo probablemente al uno las mismas cartas que escribía al otro, y sin saber ella misma á ciencia cierta cuál de ellos era el verdadero «ídolo de su corazón», si no es que lo fuesen ambos á un tiempo.

Si era así efectivamente, y todo parecía indicarlo, comprendíase muy bien por qué incertidumbres habría pasado Gastón y cuáles habrían sido las sospechas de aquel hombre perdidamente enamorado de Leontine; pero si durante toda su vida había luchado Gastón con esas dudas terribles, siendo así que se encontraba en mejor situación que nadie para resolver con acierto aquel problema de su paternidad, ¿no era una locura imaginar que al cabo de treinta años podría nadie ver con claridad allí donde Gastón se había perdido entre tinieblas? ¿Y no era mayor locura aún pretender la solución de tan dificultoso problema sin más datos que aquellas cartas? Aun cuando se las leyese y se las relejese mil veces, como sin duda las habría leído Gastón, las cartas no revelarían el secreto que no habían revelado treinta años antes; la lectura de aquellos documentos daba pie para todas las inducciones y para todas las hipótesis, pero no proporcionarían certidumbre alguna si las últimas cartas no eran más significativas que las primeras.

Y no lo eran efectivamente; en todas se defendía Leontine de las sospechas y de los celos de Gastón con las mismas protestas insubstanciales y vagas; en ninguna de ellas abordaba frente á frente los motivos de queja de su amante para

destruirlos, solamente contestaba á todos con la consabida frase «te amo: parte de ese principio, cree en mi amor.» Y siempre lo mismo.

Después del legajo en que se contenían las cartas de la madre pasó Barincq á examinar el paquete en que estaban reunidas las del hijo. Limitóse á pasar rápidamente la vista por las primeras cartas de aquel legajo, escritas con ese carácter de letra infantil del que empieza á emborronar papel, y no dió principio á una lectura seria hasta que llegaron aquellas en las cuales podía adivinarse cómo poco á poco el niño se convertía en joven; muy pronto adquirió el convencimiento de que si en vez de tratarse de esclarecer un asunto de paternidad se hubiera querido resolver dudas acerca de la maternidad, Barincq no habría admitido nunca que aquel muchacho, todo sencillez y rectitud, de corazón tierno y al propio tiempo discreto y reservado en sus expansiones, pudiera ser hijo de una coqueta, cada una de cuyas palabras denunciaba un engaño. Tal se mostraba el colegial, tal era después el soldado — con la naturales variaciones de mayor firmeza y de más seriedad que dan los años; — tanta y tan franca sinceridad había en aquella especie de confesión no interrumpida desde los dieciocho hasta los treinta años, que se veía como si se hubiera seguido hora por hora, paso á paso el desenvolvimiento de aquel espíritu, el despertar de sus ideas, la formación de su carácter y de sus sentimientos, la tendencia de su corazón juvenil á los ensueños primeramente, después á la meditación y por último á las realidades de la existencia.

Resultó entonces que aquella lectura comenzada con la esperanza y el propósito de que perjudicara al capitán, muy lejos de perjudicarle le favorecía; siendo, como en efecto era, tan poco parecido á su madre, ¿de quién podía haber recibido las hermosas cualidades que revelaba en cada una de sus cartas sino de su padre?

Y para quien conociese á Gastón parecía que en efecto él era su padre.

X

No era esta la primera vez que advertía Barincq que las personas honradas tropiezan en su vida con dificultades y obstáculos que no detienen nunca á los pillos. Barincq, si hubiese sido un tunante habría destruido sin vacilar y sin que su conciencia le remordiese aquel testamento y en nada habría variado su situación; pero siendo hombre honrado no podía emplear un medio que, para hacer la fortuna de su familia, causaría su propia desgracia envenenando para siempre su existencia. El padre de Anie se conocía á sí mismo y sabía perfectamente que no le era posible soportar sobre su conciencia tan terrible peso, que si le permitía dormir le atormentaría cruelmente al despertar; todas las sutilezas de sus razonamientos nada valían contra aquel pedazo de papel en virtud del cual y con arreglo al código el capitán Sixto era el heredero de Gastón; mientras no hubiese restituído aquella fortuna á su sobrino, que era en realidad su legítimo propietario, Barincq no podía prometerse ni tranquilidad ni reposo.

Esto era la verdad; todo lo demás solamente se fundaba en sofismas dictados por el egoísmo ó sugeridos por el interés personal. Barincq estaba perfectamente convencido de que, á vivir solo, ese interés personal no se habría obstinado con tanto empeño en inspirarle mentidas argumentaciones, las cuales sólo tenían fuerza por lo que podían influir en el bienestar de su mujer y de su hija.

Obtenida como resultado definitivo de sus reflexiones esta conclusión, el deber de Barincq estaba perfectamente definido: volver á su casa, tomar el testamento de Gastón y llevárselo á Revenacq.

Sin embargo, nada de esto hizo y no le faltaron razones para aplazar el sacrificio: por lo que respecta al capitán ninguna prisa había, y unos cuantos días de más ó de menos importaban poco; en lo relativo á su familia, Barincq no podía ni debía, sin preparación, descargar aquel terrible golpe que sumergiría á su mujer en la desesperación y rompería el matrimonio de Anie: hasta él mismo necesitaba reflexionar todavía, orientarse en aquel laberinto de contradicciones en que luchaba. No era asunto aquel en que fuese posible ni razonable resolver con precipitación ó ligereza.

Los días se deslizaban largos y agitados; las noches parecían aún más agitadas y más largas. Pero ¿qué puede el tiempo en lo que no depende de nuestra voluntad? Desgraciadamente la situación no podía variar en tanto que Barincq no se resolviese, bien á destruir el testamento, bien á entregárselo á Revenacq, y por lo tanto los tormentos, las inquietudes, las angustias de Barincq seguían siendo lo que eran, lo mismo que sus remordimientos y su impotencia para acallarlos.

Tal estado de cosas no había podido prolongarse sin llamar la atención de la señora de Barincq y de su hija, y como á todas las preguntas de éstas había contestado Barincq siempre que nada tenía, que no estaba enfermo, la madre y la hija habían consultado entre sí sobre lo que podría motivar aquel inexplicable cambio de carácter, y se fijaron en la sospecha de que pudiese producirlo el casamiento de Anie.

— Tu padre te quiere demasiado y no puede acostumbrarse á la idea de que dentro de poco tiempo habrás dejado de existir para nosotros.

— No dejaré de existir para vosotros; pero aunque llegase el momento en que fuese preciso separarnos, sé perfectamente que en su cariño hallaría fuerzas bastantes para aceptar este sacrificio si estaba convencido de que lo hacía por mi felicidad. Sólo que sería necesario que esta convicción estuviese fuertemente arraigada, y acaso no lo esté lo bastante para no dejar sitio á sus inquietudes.

— Con un hombre como el barón, ¿qué inquietudes quieres que tenga?

— Si yo las supiese habríamos salido de dudas.

— Le preguntaré.

La ocasión era demasiado buena cuando la señora de Barincq preguntó sobre esto á su marido para que éste dejase de aprovecharla, explicando las preocupaciones que no le era posible negar y preparando al mismo tiempo la ruptura de sus proyectos matrimoniales.

— Aun cuando ninguna queja precisa tengo del barón, te confieso que no acaba de gustarme.

— ¿Y por qué no me has hablado de eso?

— Precisamente porque ninguna queja determinada y concreta podía exponer; he creído que era inútil disgustarte si, como espero, nada encuentro desfavorable al barón.

— Y entonces, ¿por qué te disgustas tú?

— Porque anhelo saber algo que no averiguo.

— ¿Qué quieres saber?

- Lo que quieren decir las gentes cuando hablan de él, ó para expresarme con más exactitud, lo que no quieren decir; ¿no te has fijado en las reticencias con que se habla siempre del barón?

- Reticencias... me parece mucho.

- Corriente, la palabra importa poco: ¿á qué vienen esas manifestaciones de admiración cortés cuando del barón se habla? ¿Cómo se explica el silencio con que son acogidas nuestras palabras siempre que damos á entender que lo aceptaríamos con gusto por yerno si fuese del agrado de nuestra hija?

- Envidias.

- Es posible; pero no es seguro.

- Pues si no es envidia, ¿qué es?

- Justamente de averiguar eso se trata. Y ahí tienes por qué deseo que no consideres como cosa hecha este matrimonio que, al cabo y al fin, podría no realizarse.

- No has de querer romperle por tan poca cosa.

- No por cierto; pero vislumbro como cosa posible el rompimiento, si...

- ¿Si... qué?

- Si encuentro lo que busco. Y todo esto, como tú comprendes, justifica mis preocupaciones.

- Pero, en resumen, ¿qué es lo que buscas?

- La manera de ver claro lo que me parece obscuro; de precisar con exactitud lo que es vago é incomprendible.

- El barón es un caballero.

- Lo creo así.

- Un hombre de bien.

- Estoy seguro.

- ¿Pues entonces?

- Caballero cumplido y hombre honrado puede, no obstante, ser un mal marido; la responsabilidad de un padre que casa á su hija es demasiado grave para que se deje nada al acaso.

- Te alarmas sin motivo.

- ¿Y qué sabes de eso? Con el mismo fundamento podría yo decirte que por tu parte te empeñas sin razón en ver las cosas tales como las deseas; si este matrimonio puede realizarse, también está en lo posible que no se realice.

- Se realizará.

- No puedes desearlo más que yo.

- Sería la mayor de las locuras tomar seriamente rumores y sospechas sin fundamento; nada hay, nada puede haber que desfavorezca al barón; todo eso que tú juzgas reticencias es solamente, como antes te he dicho, no sospechas, sino envidia; envidia en los amigos del barón porque Anie le lleva una buena dote; envidia en nuestros amigos porque él le trae el título de baronesa.

Barincq esperaba aquella resistencia y no prosiguió discutiendo; dado el primer paso, podía cuando lo considerase conveniente reanudar la conversación sobre aquel rompimiento y conseguir que poco á poco el ánimo de la señora de Barincq se familiarizase con aquella idea hasta admitir la posibilidad del rompimiento.

Con Anie procedió Barincq de la misma manera, pero la acogida que Anie dispensó á las palabras veladas de su padre no se pareció en nada á la que su madre las había dispensado.

- Si hay en este matrimonio algo que te disguste ó te inspire recelos, dijo la joven á su padre, lo mejor será que renunciemos á él inmediatamente.

- ¿No lo sentirías, hija de mi alma?

- Absolutamente nada, puedes creerme; cuando me dijiste que el Sr. de Arjuzanx solicitaba mi mano, te respondí que ni me alegraba ni me entristecía el saberlo; ahora me encuentro como entonces; me parece haberte dicho también, después de un examen de conciencia, que no hallaba en mí sino la indiferencia más absoluta con respecto al barón, y aunque desde aquel día el Sr. de Arjuzanx y yo nos hemos hablado cinco veces, en nada he cambiado desde entonces. En tales condiciones soy de opinión de que, si este matrimonio no te ofrece ya las ventajas que creíste hallar en él y principalmente una completa seguridad, conviene romper antes que llevar las cosas más lejos.

- ¿Y de veras esto no te afligiría?

- ¡Cómo había de afligirme si no estoy segura aún de que aceptase la mano del barón!

- ¿Eso quiere decir que vuestras conferencias en Biarritz no han dado resultado alguno?

- Sí, habrían producido el resultado de aburrirme extraordinariamente si no se hubiesen verificado á la orilla del mar, lo cual era una distracción, y si además no hubiesen estado amenizadas por el capitán.

- ¡Ah! El capitán...

El tono con que Barincq dijo estas palabras llamó la atención de Anie, que le preguntó:

- ¿Por qué te sorprende lo que digo?

Barincq seguía mirándola, y mirándola sin responder estuvo un buen rato, transcurrido el cual dijo:

- Estoy preguntándome si concedes al capitán méritos que niegas al barón.

- No hay para qué establecer comparaciones entre uno y otro.

Barincq volvió á guardar silencio; Anie quedó sorprendida al ver que las manos de su padre temblaban como si el anciano estuviese dominado por profunda emoción.

- ¿Qué tienes?, preguntó.

Barincq no contestó y comenzó á pasear con la cabeza alta, los ojos brillantes y los labios temblorosos. De pronto deteniéndose en su paseo delante de Anie le dijo:

- Tu reflexión con respecto al capitán me ha sugerido una idea; idea que me obliga á rogarte que respondas con entera franqueza á una pregunta mía.

- ¿Tan grave es esa pregunta que de esa manera te conmueve?

- La más grave que en estos momentos puede haber para ti y para mí.

- Entonces pregúntame inmediatamente.

- Si el capitán Sixto hubiese solicitado tu mano, ¿habrías contestado lo que contestas al barón?

- Pero... papá...

- Te ruego, te suplico, querida Anie, que seas franca con tu padre; no sabes qué consecuencias puede tener la respuesta que ahora te pido.

- Bueno; pues te confieso, para repetir tus mismas palabras, que concedo al capitán méritos que en el barón no encuentro.

- ¿Y esos méritos habrían sido á tus ojos bastantes para que, á pesar de lo anómalo de su nacimiento y á pesar de lo escaso de su fortuna, le aceptases por marido?

- Precisamente porque, gracias á la herencia de mi tío, no necesito tener en cuenta la fortuna, me habría gustado escoger mi marido prescindiendo en absoluto de toda cuestión de intereses; no rechazarle porque fuese pobre, no aceptarle porque fuese rico.

- ¿Y lo del nacimiento?

- Eso ya es otra cosa: no es posible negar que en el mundo el barón de Arjuzanx, cuyos antepasados ocupaban elevados cargos en la corte del rey Enrique, tiene posición muy diferente de la del capitán Sixto.

- ¿De manera que por este reparo habrías rechazado al capitán?

- No digo eso: digo que yo habría deplorado que el capitán no tuviese el nombre del barón; pero deploro infinitamente más, por otros muchos conceptos, que el barón no sea el capitán.

- ¡Ah! ¡Querida hija!

- Me has dicho que te hable con franqueza.

Barincq estrechaba entre sus brazos á la joven y no cesaba de besarla diciéndole al mismo tiempo:

- ¡Querida hija mía! ¡Anie de mi alma! ¡Adorada niña!

- ¿El capitán ha pedido mi mano?

- No.

- ¡Ah!

- Pero eso no importa.

- ¿No ha de importar?; es lo más importante. ¿Cómo y por qué me has dirigido esas preguntas? Si te he contestado como has oído es porque me hiciste creer que el capitán solicitaba ser mi esposo.

Anie se desprendió entonces de los brazos de su padre y se aproximó á una ventana para ocultar su turbación. Barincq llegó silenciosamente hasta su hija, y tocándola con la mano en el hombro le dijo con ternura:

- No supongas en mí intenciones que estaban muy lejos de mi pensamiento; te aseguro que en estos instantes nada podía serme más grato que eso que acabas de decirme.

Efectivamente en más de una ocasión había vislumbrado Barincq, si bien con cierta vaguedad, que el matrimonio de Anie con Sixto podría ser el término de las dudas, de los temores y de las zozobras que le angustiaban. Por este medio se arreglaba todo de la mejor manera posible: Anie no perdía la fortuna de su tío y Sixto heredaba á su padre, armonizándose perfectamente los derechos de ambos: no más luchas, no más sacrificios ni de unos ni de otros; no más dudas sobre la validez del testamento ni acerca de la paternidad de Gastón; Sixto gozaría la fortuna, no en concepto de hijo ni como heredero de Gastón, sino como marido de Anie, y ésta por su parte no la disfrutaría en su calidad de sobrina del testador, sino como esposa del capitán.

Si Barincq no se había fijado en esta idea cuando la idea había cruzado por su imaginación; si no había querido ni aun examinarla cuando, á pesar de los esfuerzos que hacía para desvanecerla tornaba á fijarse en su espíritu, era porque la consideraba desde un principio como un cálculo ruin, como una vergonzosa especulación de su conciencia próxima á perderse. ¿No sería aquello vender á su hija? ¿No sería pagar al precio de la vida y de la felicidad de Anie el sosiego y la fortuna de todos? Pero cuando espontáneamente y sin realizar ningún sacrificio Anie prefería el capitán al barón, las circunstancias variaban por completo: en casar á su hija con Sixto no había ni cálculo ruin ni vergonzosa especulación; sin vender á su hija vencía Barincq la insuperable dificultad del testamento y al propio tiempo se realizaba un reparto equitativo de la fortuna de Gastón entre las personas que, por diferentes títulos, tenían derecho á disfrutarla. Y no solamente se conseguía esto, sino que también se aseguraba la felicidad de los contrayentes. ¿Qué mejor marido podía desearse para Anie que aquel buen mozo, inteligente, franco, leal, ante quien se abría el más brillante porvenir? ¿Qué mujer había de encontrar Sixto que con Anie pudiera ser comparada? Estas reflexiones produjeron el arrebató de alegría que experimentó Barincq al advertir que Anie se anticipaba á los deseos que él no se había atrevido á formular.

- Me has hablado con franqueza porque te gusta Sixto y también sabes que tú le agradas.

- Pero no sé nada de eso, dijo Anie volviéndose hacia su padre.

- No lo sabes, pero sí lo sabes, estoy seguro; el capitán no te lo ha dicho, pero eso no quita para que tú estés segura de que te quiere; ninguna muchacha se equivoca en esto. Esto es lo principal; lo demás ya es de poca importancia.

- ¿Y qué quieres?

- Quiero que te cases con el capitán, ya que es de tu agrado.

- Pero, papá, demasiado sabes que las jóvenes no solicitan en matrimonio á los hombres, sino al contrario, han de ser solicitadas.

- Si el barón no te gusta y el capitán sí, como hay por otras mil razones grandes ventajas en que ese matrimonio se realice, hemos de aunar esfuerzos de todos para conseguirlo.

- Sin embargo, yo no he de rogarle que se case conmigo.

- Ni se trata de eso, hija mía; lo que se necesita primeramente es que desahucies al Sr. de Arjuzanx.

- Eso es muy fácil y estoy dispuesta para hacerlo cuando me lo digas. Solamente por no disgustarte había yo aceptado estas entrevistas. Ahora quieres que cesen, pues te obedezco todavía con más gusto. Suceda lo que suceda, te aseguro que no echaré de menos al Sr. de Arjuzanx. No me ha inspirado nunca ni antipatía ni repulsión, eso no; me es indiferente nada más; pero esta indiferencia no me parece que sea lo suficiente para casarse; para amigo, me parece bien; para marido, no. Por mi parte puedes dar por hecho lo que deseas. Pero me alegraría saber por qué razón te parecía muy bien para yerno hace un mes y por qué no lo quieres ahora.

Barincq paró un momento como no sabiendo qué contestar, y su hija siguió diciendo:

- ¿No era entonces ese barón lo mismo que es ahora? Y por lo que respecta al capitán, ¿has sabido algo que le favorezca?

Barincq había tenido tiempo de recobrase un poco y respondió:

- He oído varias veces hablar sobre el Sr. de Arjuzanx de una manera que no me ha gustado.

(Continuará)

Sección Científica

APROVECHAMIENTO DE LA CATARATA DEL NIÁGARA COMO FUERZA MOTRIZ

En distintas ocasiones hemos dado noticias acerca del aprovechamiento de la catarata del Niágara como fuerza motriz: en el presente artículo vamos a com-

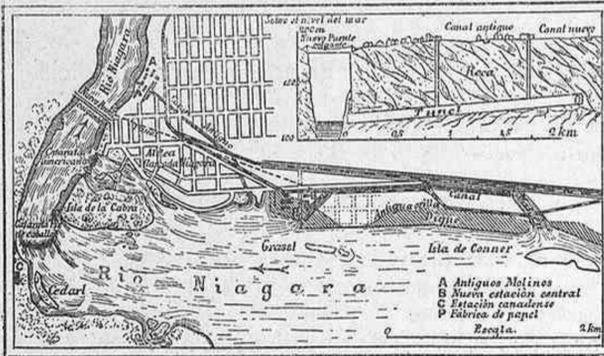


Fig. 1. Plano de las instalaciones para el aprovechamiento de la catarata del Niágara como fuerza motriz

pletarlas publicando algunos detalles técnicos de tan grandiosa empresa.

La *Niagara Falls Power Company* ha obtenido del gobierno de los Estados Unidos permiso para tomar en la orilla americana una fuerza de 250.000 caballos, y como la fuerza total del agua que por la catarata se precipita se calcula que es de 16 millones de caballos y la citada Compañía sólo se propone aprovechar 100.000, lo que se toma apenas puede afectar á aquella fuerza y por ende en nada perjudicará la belleza del espectáculo que ofrece aquel prodigioso salto de agua.

Lo primero que importaba era regular la orilla en el punto donde la toma había de instalarse, más arriba de la catarata americana, y para ello la sociedad concesionaria construyó un dique de tres kilómetros de largo (fig. 1), gracias al cual se formó un puerto espacioso que es á la vez el punto de arranque del canal. Además construyó un camino que pone en comunicación las fábricas que han de levantarse con el puerto y con los ferrocarriles que pasan por el antiguo puente colgante. La casa de las turbinas está situada más arriba de la catarata al extremo del canal, es decir, al contrario de lo que se hizo en la primera instalación modesta de 1874, en la que las turbinas estaban en la orilla del Niágara debajo de la catarata y á la salida del canal antiguo que tenía un kilómetro de largo, habiéndose adoptado esta modificación porque con la disposición anterior el aprovechamiento de la fuerza es escaso.

En la actualidad se trabaja en el canal entre el puerto y las turbinas (fig. 2) y en la galería entre éstas

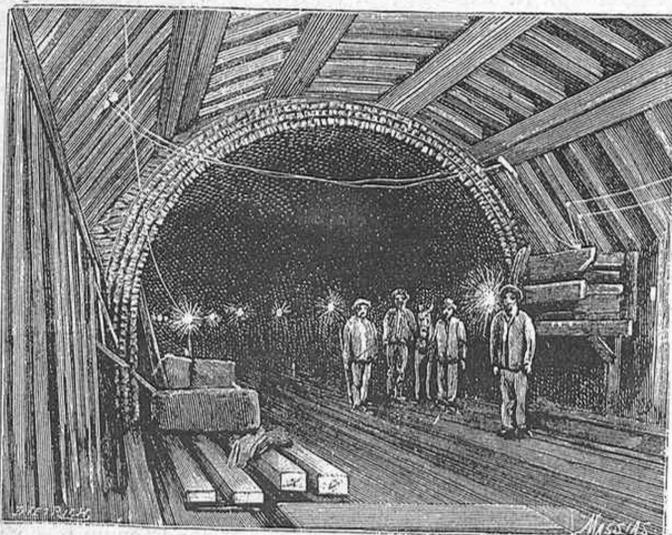


Fig. 3. Aprovechamiento de la catarata del Niágara como fuerza motriz. Túnel de desagüe

tas y la orilla (fig. 3). El canal de derivación tiene una longitud de 600 metros, una anchura de 50 y una profundidad de 4, de modo que conducirá á la casa de máquinas una cantidad de agua extraordinaria. La galería que ha de devolver el agua procedente de las

turbinas al río cerca del nuevo puente colgante tiene una longitud de 2.250 metros y una sección de 31. Los trabajadores encontraron al principio arcilla de poca consistencia, por lo que esta parte de la galería debió ser revestida de muro; mucho más abajo apareció exclusivamente la piedra caliza. La parte inferior de la galería será cubierta de planchas de hierro para evitar que el agua en su violenta corriente desgaste la piedra.

La materia explosiva empleada en las minas es la forquita.

Como hemos dicho, esa instalación se encuentra situada en la orilla derecha, la americana, del río; pero como la sociedad concesionaria piensa llevar la fuerza á Buffalo y la distancia resulta mucho más corta por la orilla izquierda, ha obtenido del gobierno del Canadá autorización para construir en ésta una obra de 25.000 caballos de fuerza (C en la fig. 1). La distancia hasta Buffalo es de 122 kilómetros y se calcula que podrá suministrarse á aquella ciudad fuerza eléctrica por el precio de 42'50 pesetas anuales por caballo. La construcción de la obra en la orilla canadiense no ha comenzado todavía.

Las instalaciones hasta ahora construídas para aprovechar la fuerza de la catarata del Niágara son dos: una de la sociedad citada (fig. 1, B) y un molino de papel (fig. 1, P). La Compañía facilita á sus abonados, á su elección, ó bien simplemente la fuerza hidráulica, ó esta fuerza convertida en electricidad. La instalación B puede producir una fuerza de 20.000 caballos, pero por de pronto no se han instalado allí más que dos turbinas Fournayron de 5.000 caballos cada una que han de dar 300 vueltas por minuto y necesitan 16'6 metros cúbicos de agua por segundo.

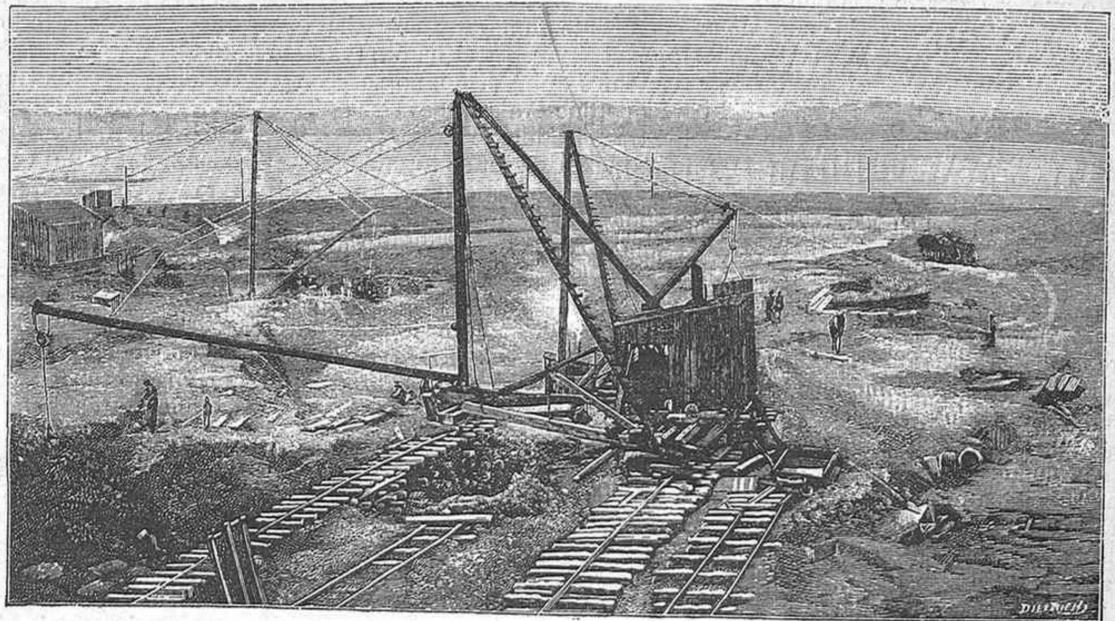


Fig. 2. Aprovechamiento de la catarata del Niágara como fuerza motriz. Los trabajos en el canal

Las máquinas dinamos, de 2.500 caballos cada una, están directamente acopladas al eje de las turbinas. En el mismo edificio se ha instalado ya el motor hidráulico para la ciudad fabril que ha comenzado á construirse.

El molino de papel está situado, como se ve en la fig. 1, junto á la instalación de la electricidad y tiene derecho á utilizar una fuerza de 6.000 caballos por el precio de 42'50 pesetas anuales por caballo.

Es indudable que muy pronto se harán nuevas instalaciones para utilizar aquel económico manantial de fuerza: por lo que toca á la conducción de la fuerza á larga distancia, prescindiendo de lo que á Buffalo se refiere, todo lo demás está solamente en el papel, especialmente en lo relativo á Chicago; pero dada la prodigiosa actividad de los americanos en punto á electrotécnica, todas estas y otras instalaciones análogas no tardarán en ser un hecho.

(Del *Prometheus*)

* *

UNA REFORMA EN EL SISTEMA TELEFÓNICO

El jefe de Comunicaciones de Mediasidonia, D. Conrado Moro, ha inventado una reforma para los aparatos telefónicos que, á juzgar por lo que leemos en un periódico técnico, está llamada á tener muy buen éxito.

El objeto primordial de este sistema es: primero, colocar en un reducido espacio los tres aparatos de

que consta; segundo, aumentar las condiciones acústicas del teléfono; tercero, que su instalación ofrezca comodidad al servirse de él, y cuarto, que no sea costoso.

Su colocación. — En dos tablas, de veinte centímetros de ancho por cuarenta de alto, van colocados los aparatos; constanding una del teléfono y el casquillo de empalme, y la otra del timbre y del relai.

Aumentar las condiciones acústicas. — Las tablas ó platinas referidas están unidas por yuxtaposición, y en las caras interiores van practicadas las ranuras ó cajas convenientes para los hilos, con objeto de que no impidan la unión de las citadas platinas y se evite todo cruce ó contacto. Verticalmente encajan las platinas en una peana, saliendo por la parte inferior los hilos, y practicados taladros en la mesa en que se ha de colocar, no es posible haya el menor cruce de aquéllos.

Fijadas las platinas, por medio de dos escuadras de hierro, á la peana, y ésta, por dos tornillos, al tablero de la mesa, se halla todo el sistema sobre madera y completamente separado de objetos que embeban la tensión de los sonidos, y además contribuye la mesa, sobre la que se halla fijo, al aumento de las condiciones acústicas, puesto que, siendo la madera buena conductora del sonido y haciendo las veces de caja sonora, quedan aumentadas las del teléfono.

Que su instalación ofrezca comodidad al servirse de él. — Teniendo presente que estos aparatos son servidos por empleados de Telégrafos, y que por un mismo individuo se han de manejar el teléfono y el telégrafo, si éstos se hallan distantes ó en condiciones que al funcionar con uno de ellos no se pueda atender al otro, resulta, no sólo molesto, sino que el me-

jor funcionario contrae responsabilidad por no contestar oportunamente.

Con este sistema se puede muy bien desempeñar sin molestias ambos servicios y por un solo funcionario, pues colocado sobre la misma mesa de aparatos y en la parte izquierda, delante de la rueda envolvente y tan próximo al individuo como lo desee, no ofrece inconveniente ninguno y se puede con sencillez funcionar por telégrafo y hablar por el teléfono sin que haya que molestarse para nada.

Que no sea costoso. — Consta el aparato de dos platinas de madera y una peana, perfectamente pulimentadas y barnizadas, y de dos molduras que cubren el enchufe de las platinas en la peana. Como adorno lleva cuatro clavos de madera colocados en los extremos de la parte superior, y por último un remate de talla. Todo esto, incluyendo su colocación, podrá valer veinticinco pesetas, y aún se puede lograr mucha más economía concretándose sólo á la idea del sistema y haciendo abstracción de la parte de adorno.

Recopiladas las indicaciones hechas, resulta que no ofrece obstáculo en la mesa; que es un objeto útil y de adorno; que hace á los teléfonos mucho más sonoros que los colocados en el muro; que es cómodo y ventajoso para prestar ambos servicios, y que su coste es insignificante comparado con los ideados de pupitre, que es á los que sustituye.

El sistema del Sr. Moro ha sido ensayado con muy buenos resultados y sometido á la consideración y estudio de la Dirección general; siendo de esperar que, una vez comprobadas sus ventajas sobre todos los demás hasta ahora empleados, se adoptará en todas las instalaciones telegráficas.

CONRADO MORO

FABRICACIÓN DEL HIELO

La fabricación del hielo es una industria moderna cuya importancia aumenta de día en día, tanto que no parece lejano el momento en que la explotación del hielo natural será sólo una excepción ó un simple recuerdo del pasado.

Como ejemplo de una fábrica de hielo de excepcional importancia puede citarse la instalación frigorífica de Brooklyn, montada por la Compañía Frick, de Waynesboro (Pensilvania). Sus edificios se dividen en cuatro partes: la primera contiene dos generadores de vapor de una fuerza de 100 caballos y sus accesorios; la segunda es una construcción de tres pisos con un aparato de destilación y el condensador de amoníaco que sirve para la producción del hielo; la tercera, la más importante, tiene una máquina frigorífica, tipo *Eclipse*, y dos depósitos de congelación, y la cuarta se compone de un almacén para conser-

var el hielo. Los depósitos de congelación son de balastro, de 13'50 metros de largo por 11 de ancho y 1'22 de profundidad, y cada uno de ellos contiene 480 moldes de 1'02 x 0'56 x 0'28 metros, que sirven para formar cada uno un pan de hielo de 135 kilogramos.

La máquina *Eclipse* tiene dos compresores de amoníaco verticales, de 0'508 metros de diámetro y 0'915 de recorrido, movidos por un cilindro de vapor horizontal de distribución Corliss, de 0'812 de diámetro y 915 de recorrido. Con 40 vueltas por minuto, esta máquina produce la congelación de 60 toneladas cada 24 horas.

Una condición esencialísima para que el hielo tenga buen aspecto y sea sano es que se emplee agua absolutamente pura, para lo cual se adoptan en esa fábrica especiales precauciones. El vapor que se escapa de la máquina y una cantidad de vapor vivo que se toma en los generadores son conducidos al

condensador de que ya hemos hablado, en donde el vapor se condensa, quedando separadas mecánicamente las materias grasas que pudiera contener. El agua destilada se filtra por medio de carbón animal que le quita todo olor y sabor, y luego se enfría en un serpentín y se vuelve á filtrar en un filtro de carbón antes de que llegue á los depósitos en donde se guarda para emplearla después en la fabricación del hielo.

Además, antes de introducirla en los moldes se la filtra de nuevo con esponjas, de suerte que por todos estos procedimientos se obtiene un agua muy pura.

Encima de los depósitos de congelación hay un carretoncito que mecánicamente toma dos moldes á la vez y los lleva á un aparato especial que saca los panes de hielo.

Esta fábrica puede producir de 60 á 90 toneladas de hielo diarias.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

FRANCIA: 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEPÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 GARRULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso
 GANDÉ et Cie. 14, St-Denis

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 81, Rue de Seine.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, **Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**
 Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la Sa^d de F^{ia} de París
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

APIOL
 de los D^{tes} JORET & HOMOLLE
 El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las **Epocas**, así como las **pérdidas**. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D^{tes} JORET y HOMOLLE.
 MEDALLAS Exp^{tes} Univ^{ers} LONDRES 1862 - PARIS 1889
 Far^{ma} BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

ICOR LAVILLE GOTA REUMATISMOS
 del Dr. LAVILLE
 Especifico probado de la **GOTA y REUMATISMOS**, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
 F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
 VENTA POR MENOR. - EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^{an} Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la **Anemia** y el **Apocamiento**, en las **Calenturas y Convalecencias**, contra las **Diarreas** y las **Afecciones del Estómago** y los **intestinos**. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

LOS RESTOS DEL CONDE DE BARCELONA

RAMÓN BERENGUER III EL GRANDE

(Véanse los grabados de la página 412)

Entre las más brillantes páginas de la historia catalana figuran en primer término las que ocupa el reinado de Ramón Berenguer III el Grande. Nacido en 1082, la muerte violenta de su padre Ramón Berenguer II, *cap d'estopes*, púsole bajo la tutela de su tío Berenguer Ramón II el Fratricida, demostrando desde sus más juveniles años en las campañas contra Tarragona y contra Tortosa ser digno por su valor y su caballerosidad de ocupar un solio que habían honrado con tantas proezas sus valerosos antepasados.

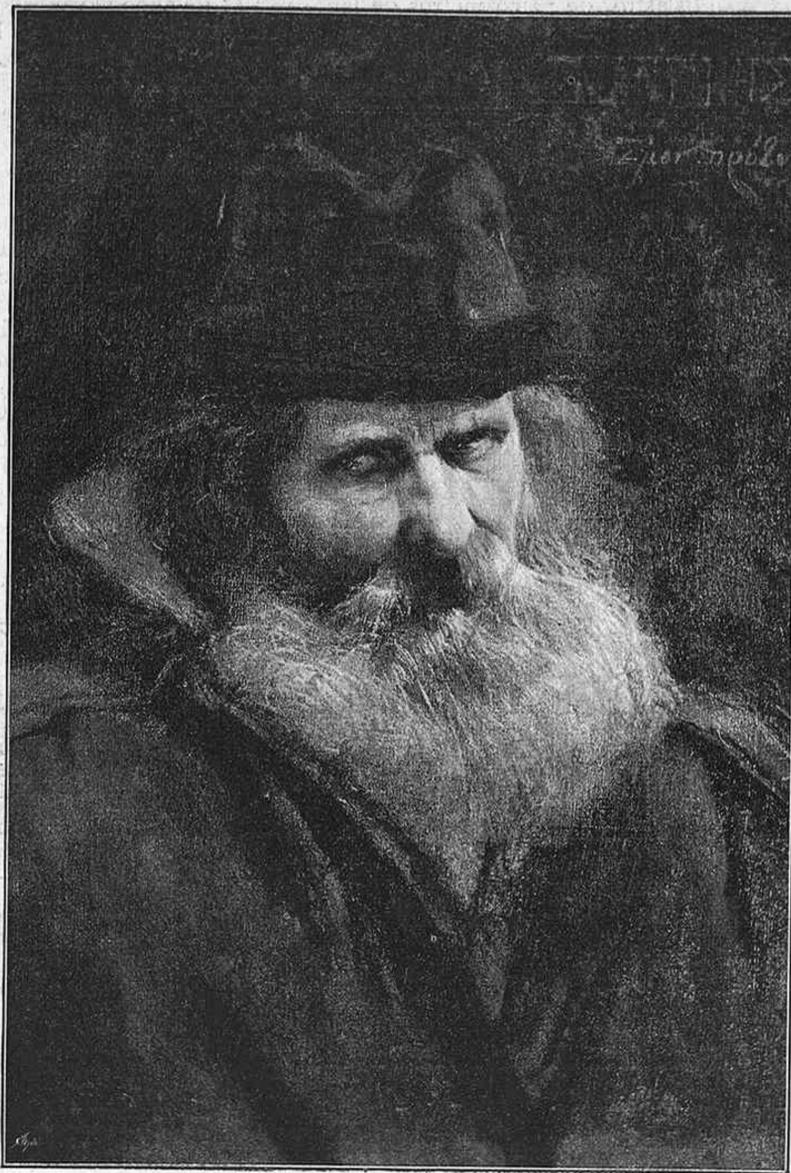
Declarado traidor, fraticida y alevoso por el tribunal de Alfonso VI de Castilla, desaparece Berenguer Ramón II y entra en posesión del trono condal Ramón Berenguer en 1096.

Relatar sus hazañas desde aquel momento exigiría mucho mayor espacio que el de que podemos disponer; de aquí la necesidad en que nos vemos de enumerarlas someramente.

Peleó contra los árabes en Zaragoza, contribuyendo poderosamente a la destrucción de aquel emirato; venció á los árabes de Urgel y Balaguer; conquistó los condados de Carcasona y Rasez, que ya fueran de su casa; marchó sobre las Baleares, nido entonces de piratas, y se apoderó de Palma y de todas las islas, que luego hubo de abandonar al saber que los árabes de Tortosa y Valencia amenazaban á Barcelona; tomó la ciudad de Lérida y más tarde la de Tortosa, llegando, según se cree, hasta Valencia, y en una palabra, en los treinta y cuatro años de su reinado no cesó de pelear contra los infieles, á quienes venció siempre y de quienes sólo fué vencido en la batalla de Corbins.

El ilustre historiador D. Modesto Lafuente dice, al hablar de Ramón Berenguer III el Grande, que fué «el conquistador de Mallorca, el que echó los cimientos de la marina catalana y dió el primer impulso al desarrollo de su industria y comercio, el que en tan revueltos tiempos se había hecho respetar de las naciones extranjeras é impuesto duras condiciones á sus naves, el que había traído á Cataluña un tráfico, una civilización y una literatura que había de producir un cambio benéfico en su estado social.»

Los restos de Ramón Berenguer III fueron depositados, según disposición testamentaria del gran conde, en los claustros del monasterio de Santa María, de Ripoll, siendo en 1803 trasladados al interior de la iglesia, en donde permanecieron hasta 1835. Sacados entonces de la urna



ESTUDIO, cuadro de Manuel Felú D' Lemus

que los contenía por desenfrenada turba, quedaron durante tres días abandonados en el claustro, siendo al fin recogidos por el médico D. Eudaldo Raguer, de cuyas manos pasaron en 1838 al Archivo de la Corona de Aragón, gracias á las gestiones del eminente historiador D. Próspero de Bofarull, una de nuestras glorias más legítimas y al que puede considerarse como fundador del tesoro inapreciable que se conserva en el antiguo palacio de los condes de Barcelona y que es la admiración de cuantos sabios nacionales y extranjeros visitan nuestra ciudad.

Terminada casi la restauración del monasterio de Ripoll, natural era que esos restos allí volvieran y al efecto ordenóse la traslación á aquel cenobio, ceremonia que se verificó el domingo 11 del actual, habiéndose concedido por el gobierno de S. M. honores regio al cadáver del gran conde que encerrado en una urna de nogal quedó expuesto durante algunas horas en el Salón de Ciento de nuestras Casas Consistoriales, convertido en capilla ardiente.

A poco más de las once organizóse la comitiva, de la que formaban parte todas las autoridades, corporaciones, los obispos de Tarragona, Vich y Seo de Urgel, numerosas representaciones del clero, de los gremios y sociedades y gran número de invitados dirigiéndose á la catedral, en donde se cantaron solemnes responsos, y desde allí á la estación del Norte. La carrera, cubierta por fuerzas de la guarnición, presentaba pintoresco y animado aspecto por la inmensa muchedumbre que contemplaba el paso del cortejo. Llegado éste al arco de Triunfo, disparáronse las salvas de ordenanza, desfilaron todas las tropas ante el capitán general y se disolvió la comitiva, no quedando en ésta más que las autoridades y personas especialmente delegadas para acompañar hasta Ripoll los restos del conde Berenguer, los cuales fueron colocados en un furgón del tren real dispuesto para la traslación.

En todas las estaciones por donde pasó el tren real esperaban las autoridades, clero y fuerzas de somatenes y guardia civil, que tributaron al cadáver los honores correspondientes. En Vich los restos de Ramón Berenguer fueron llevados procesionalmente á la catedral, en donde se celebró al siguiente día un solemne oficio, siendo después conducidos de nuevo al tren que los dejó en Ripoll, en cuya iglesia de San Eudaldo han quedado depositados hasta que se inaugure oficialmente el monasterio, que será en breve.

Así quedará nuevamente cumplida la voluntad de Ramón Berenguer el Grande, á cuya memoria ha rendido, con motivo de la ceremonia descrita, el merecido tributo de veneración la ciudad que tanta gloria alcanzó en su inolvidable reinado.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK



Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS DE SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL D. DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS Y JARABE DE BLANCARD
Con ioduro de Hierro inalterable
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMO
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS
etc., etc.
Exijase la firma y el sello de garantia.
PARIS
40, rue Bonaparte, 40

GRANO DE LINO TARIN
Farmacéutico, place des Petits-Pères, 9, PARIS
PREPARACION ESPECIAL para combatir con éxito ESTRENIENTOS COLICOS IRRITACIONES ENFERMEDADES DEL HIGADO Y DE LA VEJIGA
Exijarse las cajas de hoja de lata Una cucharada por la mañana y otra por la tarde en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche En todas las farmacias
LA CAJA : 1 FR. 30

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIOESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIOESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT
VINO • • de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA: Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto
El mejor y mas célebre polvo de tocador por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN